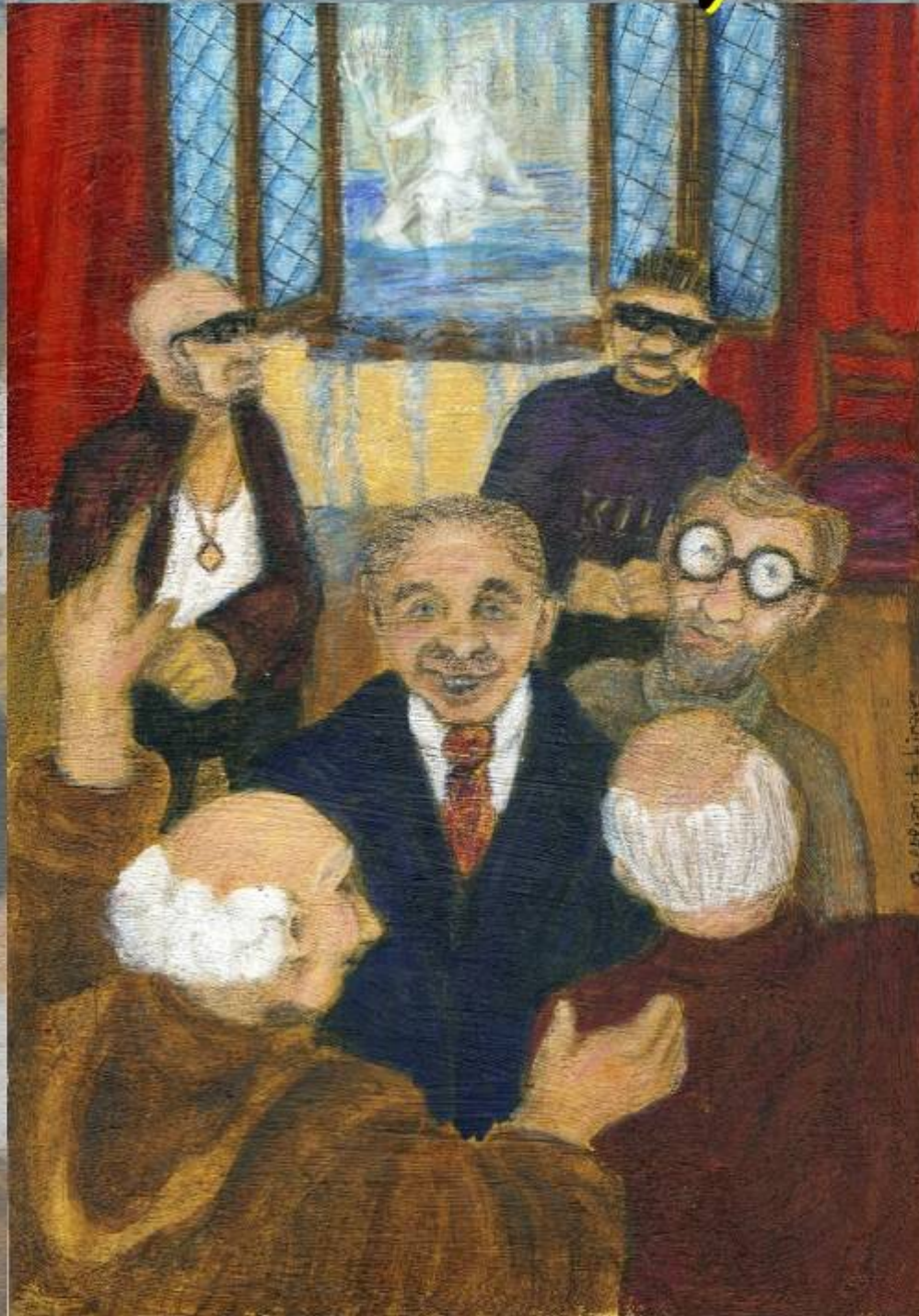


Alfa Eridiani

Revista de ciencia ficción



ISSN: 1695-1859



Número 22, tercera época
Enero-Abril de 2014

ALFA ERIDIANI es una revista de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural.

Normas de publicación:

Cualquier colaboración relacionada con la ciencia-ficción siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Cuando envíes un texto, ya sea relato, ensayo o poesía, recuerda que en el interior del texto que envíes debe figurar tu nombre y apellidos. La colaboración ideal no debe superar las doce mil palabras. Solemos contestar en el plazo de dos meses. Pasados estos, considera que hemos desestimado tu obra.

Edita: Asociación Alfa Eridiani.

Comité de Redacción: José J. Ramos, Graciela I Lorenzo, Francisco J. López, Enrique Alamillo y David Estarlich.

Colaboradores: Íñigo Fernández, J.A. Menéndez, Adriana Alarco de Zadra, Sergio Bayona y J. Javier Arnau.

Ilustrador de portada: Olga Appiani.

Infografía portada: Graciela I. Tillard.

Resto ilustraciones: Sue Giacomán.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI para difundirla por Internet. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de la Asociación Alfa Eridiani.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL 3

CUENTOS:

LAGOTERA

por Daniel Antokoletz..... 5

LICENCIA DE CRÍA

por Susana Sussmann.....14

¿SER O NO SER?

por Blanca Mart..... 21

NOVELAS:

OXÍGENO Y AROMASIA

por Claës Ludin

Traducción: Alicia Maseda Martin . 24

CRÓNICAS DE LA TIERRA MÉSTIZA

por Javier Cosnava 27

ARTÍCULOS:

EL RELOJ MECÁNICO

por Omar Ernesto Vega 43

LAS FUENTES DE LA SAGA DE LOS AZNAR

por Mario Moreno Cortina 51

POESÍAS:

CANTO A LA CF

por Ermanno Fiorucci 59

SOÑAR DESDE UNA ESTRELLA

por Adriana Alarco de Zadra..... 62

ENTREVISTAS:

ENTREVISTA A BLANCA MART ACERCA DE LOS PERSONAJES FEMENINOS DE SU OBRA LITERARIA

por Jesús Vicente García..... 63

NOTICIAS:

ALFA ERIDIANI REEDITA EL LIBRO DE LAS ALMAS..... 68

CORAZÓN LITERARIO PUBLICA INVASORES DE MUNDOS 69

PUBLICADA LOS DOCE FILOS 70

LA CIUDAD DE LOS NICTÁLOPES..... 71

CÓMICS:

PRIMER CONTACTO

Guión: Ricardo Manzanaro

Ilustración: Joseín Moros 72

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.info>

FACEBOOK: <http://www.facebook.com/pages/Alfa-Eridiani/226578536318>.

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es



EDITORIAL

Estimados amigos:
Una vez más volvemos a la carga con un nuevo número de Alfa Eridiani. Tenemos las mismas secciones que siempre, lo mejor será que empecemos a comentar los contenidos inmediatamente.

Tres son los cuentos que os presentamos en este número. *La Gotera*, de **Daniel Antokoletz**, se sirve del experimento alienígena para hacernos ver una duda existencial: ¿seríamos realmente capaces de correlacionar los datos que se nos presentan para llegar a una conclusión acertada? *Licencia de cría*, de **Susana Sussmann**, hace uso de la distopía para reflexionar sobre la dificultad de ser unos padres mínimamente perfectos. ¿*Ser o no ser?*, de **Blanca Mart**, es un cuento enclavado en el universo de los filmicos, *El Espacio Aural*, que esta misma editorial ha publicado.

En capítulos anteriores de *Oxígeno y Aromasia*, de **Claës Lundin**, veíamos las tensiones que surgían entre Oxígeno y Aromasia debidas a la anticuada influencia del no menos anticuado poeta Apolónides, según el cual la mujer debe ser objeto pasivo del hombre. Desafortunadamente, Oxígeno no está muy lejos de sus ideas. Desaparecido Apolónides, Aromasia comprende que no podría soportar un matrimonio con Oxígeno a pesar de su amor por él.

Anteriormente, en *Crónicas de la Tierra Mestiza*, de **Javier Cosnava**, ha llegado el final del camino para Bakenkhonsu. Su intriga largamente planeada ha dado sus frutos y Pleamar alcanzará las mayores dignidades. Pero la victoria es amarga y el príncipe descubre que tiene las manos tan manchadas de sangre que tendrá que dar explicaciones a los dioses por toda la eternidad. Luego de este capítulo una nueva historia comienza: ¿qué será de Bakenkhonsu y del trono del Doble País ahora y en el futuro? Ni siquiera el príncipe lo sabe. En este capítulo, la Tierra Mestiza ha dado un giro y las cosas han cambiado con el ascenso al poder de las mujeres. Aunque tal vez no haya cambiado tanto y todo haya vuelto a comenzar...

Omar Ernesto Vega nos propone la lectura de su exhaustivo artículo técnico, titulado *El reloj Mecánico*. En él nos demuestra como a lo largo de la historia de la ciencia, la humanidad ha tratado de utilizar los avances de ésta, de una forma predictiva bastante determinista, cuando existían los suficientes elementos de juicio como para pensar que la realidad es más impredecible de lo que pensamos.

También tenemos un artículo de **Mario Moreno Cortina**, *Las fuentes de la Saga de los Aznar*, en el que se analiza los posibles antecedentes en los que se inspiró **Pascual Enguñanos**.

Las poesías están a cargo de **Ermanno Fiorucci** y **Adriana Alarco de Zadra**. **Ermanno** con su *Canto a la CF*, nos introduce en todos los temas de la CF de la ma-



no de un héroe anónimo. La poesía de **Adriana**, *Soñar desde una estrella*, nos cuenta la pena de un ser que ha perdido a su amada.

La entrevista la firma **Jesús Vicente García**. ¿Qué decir de un título tan expresivo? Resulta interesante observar como **Blanca Mart** crea sus personajes femeninos.

Esperamos que la Sección de Noticias, esta vez dedicada a publicaciones recientes, resulte interesante al lector y quede prendido de alguno de los cuatro libros anunciados en dicha sección.

Culmina este ejemplar *Primer contacto*, escrito por **Ricardo Manzanaro** y dibujado por Joseín Moros.

Y para finalizar, queremos solicitaros relatos relativamente largos para el siguiente número. El relato ideal debe superar las seis mil palabras, pero ser inferior a las doce mil. Si los relatos son inferiores a las cinco mil palabras irán a un e-book que estamos preparando. También aceptamos poesías.

Esperamos que la lectura de este número os sea tan agradable como nos ha resultado a nosotros elaborarlo.

El equipo editorial.



C U E N T O S

LA GOTERA

por Daniel Antokoletz

La Humanidad, en grandes o pequeños grupos, ha demostrado que tiene memoria frágil y que el pensamiento animal se sobrepone al pensamiento crítico y racional cuando se cierne sobre él la amenaza desconocida o el fin inminente. *La gotera* es un buen y divertido ejemplo. Disfrútenlo Queridos Lectores

Comunicación Interdepartamental:

FGU: 1231234313,221

De: Doctor Psicólogo en Jefe Ad'Silako'Comec

A: Grupo de mantenimiento ECA

Cc: Centro de Estudios Terrícolas – Enciclopedia Galáctica

Asunto: Informe oficial número 423442 sobre final del Experimento Ávalon (ECA).

Se ordena al grupo de mantenimiento ECA la finalización del experimento Ávalon de acuerdo a lo previsto.

Ad'Silako'Comec
Doctor Psicólogo en Jefe
Responsable del ECA

Soler, intendente de la Ciudad Ávalon, sube a su bicicleta y pedalea hacia el barrio académico; tras él dos guardias parecen su sombra. Piensa en su secretario de Obras Públicas. No puede creer que sea tan idiota. Una gotera. ¡En Ávalon una gotera! Buena broma. ¿Quién se la va a creer? ¿Y de dónde saldría el agua? Él escuchó esas leyendas en donde el agua caía del cielo: la llamaban lluvia. El único agua que él conoce sale por la canilla si es dulce, y rodea a la isla si es salada. Pero, que caiga del cielo... ¡Ja!

A medida que se acerca a la plaza Universidad, justo en el centro de la isla, ve que se está congregando una multitud en torno a la estatua de Neptuno. Hace tiempo que quiere reemplazar esa estatua por una del Rey Arturo, pero nunca logra el consenso de los concejales.

Se baja de su vehículo y, con gesto despectivo, ordena a sus guardias que le abran paso entre la multitud.



—Señor intendente. Hay una gotera —sentencia uno de los concejales como si le hubiera costado años de estudio llegar a esa conclusión.

Soler se acerca a la estatua y puede ver que tiene la cabeza mojada. A su lado el rector Ondero mira en silencio. Cada tanto se escucha un *pluc* y «¡ohhhh!» toda la gente pone cara de asombro.

En la ciudad, fundada hace más de quinientos años, jamás se vio algo como esto. Pone el dedo en la humedad dejada por la gota y lo prueba: es salada. Algún gracioso está tirando agua del mar. *Pluc*. El intendente se rasca la barbilla y se queda petrificado mirando las luces reflejarse en la cara mojada del dios de mármol: la gota cayó bien derechita desde arriba.

—Vamos a tener que reunir a una comisión para resolver este acertijo —dice el intendente a Roberts, su secretario de Obras Públicas, que se acerca con los ojos clavados en lo alto—. No soy especialista, pero puede ser lluvia.

—¿Lluvia? ¿Qué es eso? —pregunta Roberts—. No tenemos ningún procedimiento preparado para el caso.

—Primero tenemos que saber exactamente qué está sucediendo. Luego analizaremos cómo debemos actuar.

—Señor, hay una leyenda...

—Conozco muy bien las leyendas. ¡Una leyenda! ¿Quién se va a creer eso de animales volando o Que el cielo es una cúpula sostenida por cuatro tortugas gigantes? ¿También me va a decir que más allá del cielo hay agua y miles de soles? No diga sandeces. Esos son cuentos para asustar a los niños —el intendente sacude su cabeza—. Reúna al consejo para que nombre una comisión investigadora.

—Pero eso ¿no va a tardar mucho?

—Y cuál es el apuro. Si el Dios Neptuno está llorando o transpirando, no se va a disolver: es de mármol. ¿Sería un milagro? Sí. Pero..., ¿a quién carajo le importa?

El intendente, pedaleando despacio, se vuelve a su despacho seguido de cerca por sus matones. En la puerta lo espera el cura del pueblo. Soler intenta esquivarlo, pero es tarde.

—Señor intendente —dice el cura mirando agresivo a los gorilas que se le acercan—. Parece que tenemos un mensaje del Altísimo.

—Padre, con todo respeto: no diga tonterías. Lo último que me falta es que, a algo que sin duda es natural, le den un cariz religioso... Aparte, a usted no le conviene. Es Neptuno el que está llorando, no es ninguna de sus estatuas.

—Hijo, no hablo de un milagro de una estatua llorando. Estuve en la plaza Universidad y lo vi: es lluvia. En la Biblia está bien claro. En el Génesis Dios hizo llover durante...

—Padre —el intendente levanta una mano llamando al cura al silencio—. Cae una gota cada tanto. Así cayera durante siglos, a lo sumo haría un hilo de agua que



desembocaría en el mar. Ya se tomaron los recaudos necesarios: se nombrará a una comisión.

El período entre las gotas se acorta. *Pluc... Pluc...* Pero la gente ya se aburrió y se fueron a sus casas. Sólo un grupo de muchachos, «los revoltosos de la Universidad», se quedaron controlando a las gotas.

La comisión se formó dos días después, en la reunión del consejo. Como es una comisión rentada, muchos concejales quieren formar parte de ella. Al final se decidieron por el jefe de mantenimiento que además es concejal, Ondero, el rector de la Universidad, y los cinco concejales con más banca, Madero, Siles, Andrews, Solón, Roberts, que además es secretario de Obras Públicas, y, por supuesto, el intendente Soler.

—Estimados concejales —dice Ondero, quién fuera nombrado presidente—. Damos inicio a la sesión de la Comisión de la Gota, designada por el Consejo a fin de desvelar el misterio de esas gotas que caen del cielo.

El cura, que se coló en la reunión, se apresta a pedir la palabra. Levanta su mano sosteniendo la Biblia. El presidente mira hacia la otra punta haciéndose el distraído y esperando que algún concejal pida la palabra. Pero ante la gesticulación del religioso, y sabiendo que de nada serviría ignorarlo o echarlo, lo deja hablar.

—Hermanos. Estuve revisando los textos de nuestra biblioteca buscando referencias a un fenómeno como el que nos ocupa —mueve frenético las páginas del Libro—. En la Biblia aparece una primera referencia en el Génesis, en el capítulo siete, versículo 11. El Señor, para castigar a los hombres abrió las fuentes del cielo. Dice así: *«el séptimo día del mes; en este día rompiéronse todas las fuentes del hondo abismo, y las cataratas del cielo abriéronse...»*.

—... Padre, no es necesario que nos lea toda la Biblia —dice el jefe de mantenimiento—. Según usted, ¿esas gotitas las envía Dios para castigarnos? —los concejales se ríen con fuerza.

El cura mira perplejo al jefe de mantenimiento. Parece comprender que sus palabras parecen un poco locas. Pero continúa su carga:

—Hijo. No es la única señal. Si nos fijamos en el Apocalipsis según San Juan, los números y los símbolos coinciden con esta época. Creo que ha llegado nuestro fin, el fin de los tiempos.

El silencio parece palpase en la sala. Los concejales se miran. Se esfuerzan, sin éxito, para no reírse. Soler gira su dedo cerca de la sien. Lo que termina por desatar la hilaridad: los asistentes estallan en carcajadas. Ondero es el único que mira serio al sacerdote. Quizá él recuerde las viejas leyendas. Quizá las eternas nubes que se ciernen sobre la ciudad decidieran, al fin, dejar caer su carga de humedad. Aunque, ¿porqué sólo en un lugar? ¿Será un cruce de vientos que se da en ese preciso punto?

—Concejales —dice el rector haciendo caso omiso al religioso—. Tenemos un



hecho. Hay gotas que caen sobre la estatua de Neptuno en la plaza frente a la Universidad. Otro hecho es que no hay precedentes...

—... Sí los hay —interrumpe el cura con la Biblia en alto.

—Bueno, no hay precedentes cercanos, o mejor dicho comprobables. Otro hecho que me confirmaron mis alumnos es que cada vez cae más agua.

—No hay que preocuparse —dice el jefe de mantenimiento—. Las gotas formarán un arroyo y, como mucho, terminará en el mar. Yo propongo preparar una canalización para que el arroyo circule por donde nosotros queramos. Muchas casas se revalorizarían si el nuevo arroyo pasara junto a ellas.

—¡Pero es agua salada! —dice un concejal.

El jefe de mantenimiento levanta sus hombros restándole importancia. Y los concejales se enzarzan en una discusión de por dónde debería pasar el nuevo arroyo. El cura baja su cabeza y la mueve de un lado a otro con lentitud.

—Señores —intenta interrumpir Ondero.

Roberts despliega un mapa y comienza a señalar cuál debería ser el recorrido del hilo de agua. Soler trata de imponer sus privilegios. Pelean tratando de encauzarlo hacia una u otra parte de la ciudad.

—¡Señores! —insiste Ondero— ¡SEÑORES!

Los concejales miran ofendidos al rector.

—No estamos aquí para...

—Señor —interrumpe Madero—, estamos decidiendo qué vamos a hacer con el agua que cae del cielo. Para eso se reunió esta comisión.

—Pero primero deberíamos saber...

—Ese es trabajo suyo —dice Roberts apoyando a su colega—, de sus profesores y de sus alumnos. No nuestro. A nosotros no nos interesa lo que es ese chorrillo. Nos interesa ver cómo aprovecharlo. Además, usted fue nombrado en la comisión porque preside la única universidad de la isla y nos pareció que el pueblo de Ávalon daría más apoyo a lo que decidamos estando usted involucrado, de manera que cállese y descanse.

El rector mira a cada uno de los presentes y en la única cara que ve apoyo es en el cura. El cura. Siempre han discutido sobre ciencia y religión. Ahora, aunque por razones diferentes, es su aliado, su único aliado. Se levanta de su sillón y sin decir nada se va. Y el religioso camina tras él, casi pisándoles los talones.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta el sacerdote.

—No lo sé. No está en nuestras manos... Cuando la gente vea las posibles ganancias del «arroyo»...

—Pero según las Escrituras nos queda muy poco tiempo.



El rector pone los ojos en blanco y, subiéndose a la bicicleta, se dirige hacia su casa.

Ondero se acerca a sus «revoltosos» esquivando a unos obreros que ya comenzaron la construcción del canal. Más allá, el intendente Soler está hablando con los periodistas y posando para algunas fotografías.

—Hola, muchachos —saluda el rector—, ¿qué observaron?

—La cosa no pinta bien —dice una chica mirando sus apuntes—. Hasta ahora, el caudal se duplica cada seis horas...

—Lo que significa que en menos de una semana —concluye el rector— lo que tendremos será una verdadera cascada —y mira divertido al intendente llenándose la boca de su pequeño arroyo.

—Estuve investigando en la biblioteca —dice Disio, un muchacho petiso y rechoncho—, y en unos libros viejos, del siglo veintiuno, esos que se deshacen apenas los tocas, hablaba de la construcción de un experimento, una ciudad bajo el mar. Con una cúpula protectora y cuatro generadores marcando dos diagonales.

El rector recuerda la famosa leyenda: el cielo sostenido por cuatro tortugas, y más allá, las estrellas y ¿agua?

—Creo que, en algo, el cura tiene razón —dice Ondero—. Tenemos poco tiempo. ¿No?

El rector reúne a sus alumnos y profesores en la sala de conferencias de la Universidad.

—Señores, creo que el consejo de la ciudad no comprende la situación —dice Ondero—. Estamos solos para tratar de salvarlos a todos. Según mis cálculos, podemos afirmar que el cura tiene razón, es posible que la ciudad se inunde.

Un murmullo nervioso va cobrando volumen.

—En el Génesis —comienza el sacerdote, al parecer contento por tener auditorio—, Dios le dice a Noé que construya un arca y le da las medidas necesarias. En nuestro caso estamos lo suficientemente avanzados para no necesitar que nos digan las medidas. Pero creo que es imperioso que comencemos cuanto antes la construcción del arca.

—Deberíamos construir un barco que pueda sumergirse —propone Disio con ansiedad.

—Eso sería un submarino —grita alguien desde las gradas.

—Lo que sea —continúa el muchacho—. La información que estuve recabando en la biblioteca habla de un experimento, de una ciudad sumergida...

Una carcajada espontánea lo interrumpe.

—Hijo —retoma el cura—. Esas son leyendas. En la biblioteca de la Universidad



sólo encontrarás ficciones. Si fuera así, ¿dónde está esa cúpula? ¿Alguien vio alguna vez alguna tortuga gigante? Es más, ¿qué es una tortuga?

La hilaridad de la sala no disminuye.

—Necios —Disio, enrojecido de furia, se levanta y se va. Con él dos muchachos y tres chicas lo siguen ante la mirada preocupada del Rector: se fueron seis brazos que podrían colaborar en la construcción, y Disio es un muchacho inteligente, fantasioso pero con buenas ideas.

Ondero pone su oficina en una pequeña construcción en la playa. Tomando como ejemplo a la Biblia y, siguiendo las instrucciones del maestro constructor, construyen el barco. Calcularon espacio para todos los habitantes de la ciudad y sus pocas mascotas. Y, en la cubierta, habilitaron mucho espacio para hacer deportes.

La costa cercana a la Universidad hierve de actividad. Reemplazaron la madera con que fue construida el arca original por los nuevos plásticos expandidos, más livianos y resistentes. Los pocos fondos que había acumulado el claustro se abocaron al proyecto. El gobierno de la ciudad y la mayoría de la gente se burla de ellos en vez de colaborar.

—No es un poco grande ese bote para navegar en un mar pequeño —se burlan los concejales enriqueciéndose comprando y vendiendo las propiedades por las que pasa el arroyo, cada vez más crecido: el hilito de agua ya es una pequeña cascada y su caudal se incrementa día a día.

Los pescadores miran con recelo la construcción: al parecer no se creen que sea para «salvar» a la ciudad. Más bien, piensan que es para pescar en los lugares a donde ellos no pueden llegar. Las leyendas hablan de los monstruos que esperan a todos tras la espesa bruma eterna.

Los estudiantes se esmeran más y más en terminar su obra. Disio y sus seguidores no dieron señales de vida desde esa primera reunión en la que el cura los humilló.

El barco, casi terminado, se levanta como una mole de varios pisos. Ya los concejales no hacen más negocio con las propiedades: el río se desbordó del canal que le construyeron y corre por donde quiere. Varias casas quedaron anegadas. El arca que se comenzó a construir a más de diez metros de la línea de agua ya descansa sobre una fina capa de mar. Y el caudal de la cascada sigue en aumento. Muchos ciudadanos que comenzaron burlándose del proyecto dejaron sus respectivos trabajos y se unieron a los constructores.

Ondero trasladó su oficina de la playa al buque que ya flota libre sobre el crecido mar. El río turbulento se dividió en dos, tres y cuatro brazos aún más caudalosos. La ciudad es casi inhabitable. La gente se refugió en las aulas del primero y segundo piso de la Universidad de Nueva Venecia, como la llaman ahora. Los barcos pesqueros ya no se utilizan para pescar: se usan como taxis para transportar a la gente y a los



viveres, de los depósitos a la bodega del navío. Al cura se le ve feliz. Jamás ha tenido tantos fieles en sus celebraciones. Y la de hoy será especial: la última en ciudad Ávalon. Bueno, en lo que queda de ella. Apenas terminó la misa, los habitantes de la ciudad, con sus pocas pertenencias, embarcan en los pesca para trasladarse definitivamente al arca recién bautizada como Ávalon II. El intendente y su cohorte pasaron a segundo plano. Ondero y el cura son ahora las nuevas autoridades.

La tromba que cae del cielo termina de sepultar la cúpula de la Iglesia: el punto más alto de la ciudad. El Ávalon II navega majestuoso alejándose de la columna de agua con una corte de pequeños pesqueros y veleros que orbitan alrededor de él.

Ondero mira hacia la bruma: el primer destino de la ciudad flotante. Atravesar esa bruma hacia el resto del mundo olvidándose para siempre de su bella isla. Según la leyenda, una vez que pasen esa barrera, jamás encontrarán el camino de vuelta. Ve una mancha negra que surge de las profundidades frente a Ávalon II. Se perfila un cilindro que sube. En el frente, transparente, Disio con sus seguidores los saludan. La cara del rector se ilumina con una sonrisa y, a medida que la noticia recorre el barco, sus viejos compañeros se apelonan en la borda de babor.

—Suban —les grita el hombre.

Los muchachos, se acercan a la gigantesca arca. El submarino se detiene junto al «muelle» de estribor. El rector y el cura se acercan a los rebeldes.

—Buenos días, señor Disio. Veo que decidieron construir su propia nave.

—Profesor Ondero. No tenemos mucho lugar, pero vengan con nosotros. Sacaremos los libros, con ese espacio extra, podemos acomodar a veinte o treinta personas más. Nos ajustaremos todos.

—Hijo, aquí estaremos más cómodos —el rector se apoya en la borda y mira hacia la bruma—. El cura tiene razón. Lloverá por un tiempo. Nuestra isla se hundió, sí. Pero, por más que llueva, no se puede inundar toda la tierra. Hay muchas cadenas montañosas, altiplanicies y mesetas que es imposible que se inunden, ya que no hay suficiente agua en el planeta para poder inundarlo todo.

—No observaron que la bruma está cada vez más cerca.

—Lógico. Hacia allá vamos.

—Sí... ¿Y se ve en todo el horizonte? ¿No notaron que aumenta la presión atmosférica?

—Si sube la presión quiere decir que va a dejar de llover.

El muchacho golpea su puño en uno de los paneles plásticos del barco.

—¿No ven que todos van a morir?

El cura, que desde que comenzó la construcción se transformó en la sombra del rector, pone una mano en el hombro de Disio.

—Hijo, tu preocupación por nosotros nos halaga. Pero el Señor proveerá.



—Vámonos —dice el muchacho haciéndole un gesto a sus compañeros—. Estar entre cadáveres me deprime —una lágrima humedece sus endurecidos rasgos.

Disio cierra la escotilla de su nave y la deja derivar junto al gran barco, seguramente espera que alguno de sus excompañeros se arrepienta de quedarse en ese barco y quiera ir con ellos. Pero Ondero ve a sus jóvenes muy cómodos en su barco, jugando en el gran espacio que dejaron en cubierta.

Dos días después, Ondero ve un burbujeo alrededor del submarino. Con suavidad se sumerge, y las profundidades lo engullen perdiéndose de vista.

—Profesor —le dice el cura—. ¿No sería conveniente que nos alejáramos de la cascada?

—De hecho, siempre nos estuvimos alejando. Seguramente, por las leyes de la hidrodinámica, la gran caída de agua nos atrae. Pero yo no me preocuparía. Pronto vamos a llegar a la bruma.

—¿Sin habernos movido ni un kilómetro de la cascada? —la cara del cura se contorsiona por el miedo—, ¿y si el Señor nos quiere castigar y nos envía la tromba tras nosotros?, ¿si estamos atrayendo a la caída de agua?

Ondero comienza a temblar. Mira a la cascada, y a la bruma cada vez más cercana y que se cierra, también cerca, detrás de la cascada. Hacia arriba, las sempiternas nubes están cada vez más bajas. Sin pensarlo, se asoma por la borda hacia la sima. El submarino ya es invisible. Por qué no le habrá hecho caso al muchacho. El cura, que sigue la mirada del académico, se pone de rodillas y empieza a rezar.

Ya las nubes cubren las partes altas del barco. La gran cascada ya golpea con violencia el costado de estribor. Las planchas de plástico no soportan la terrible erosión de la columna de agua, se quiebran y se parten, literalmente, cortando el barco allí donde lo toca. Ondero ve la desesperación de los avalonenses. El cura, aterrado ante su propia muerte, aún trata de calmar y guiar espiritualmente a los pocos que lo escuchan. Muchos ya saltaron por la borda acelerando su fin. Una terrible explosión sacude lo poco que queda a flote. El barco escora visiblemente con un chirrido cuando la banda de estribor se clava en la bruma. La leyenda era verdad: el cielo está sostenido por una cúpula montada sobre cuatro gigantescas tortugas, y más allá, un infinito océano de agua salada. Dos estallidos más y el barco se parte en varios fragmentos. Ondino sale disparado y cae al mar. Un trozo de casco cae sobre él y lo empuja hacia las profundidades. En sus últimos segundos cree ver al submarino alejado de los escombros del barco que se precipitan hacia la sumergida Ávalon.

Comunicación Interdepartamental:

FGU: 1231234321,123

De: Doctor Psicólogo en Jefe Ad'Silako'Comec

A: Centro de Estudios Terrícolas – Enciclopedia Galáctica

Cc: Comisión de Nuevos Ingresantes

Asunto: Informe oficial número 423443 sobre final del Experimento Ávalon (ECA).

De acuerdo a la lectura de memoria de los sobrevivientes de la Ciudad Ávalon perteneciente al experimento del mismo nombre, a fragmentos extraídos de la memoria de los cadáveres, y a los siguientes datos estadísticos:

Solo 6 de los 2.134 habitantes del ECA sobrevivieron.

Aún consideraban como acciones de la divinidad a cualquier evento que no pueden explicar.

Los razonamientos no son comunes ni siquiera en los ámbitos académicos.

Si bien todos los datos para comprender los sucesos que llevaron al final del ECA se encontraban codificados en la biblioteca de la Universidad, sólo un sujeto del universo de habitantes del ECA, analizó a conciencia los sucesos y las fuentes.

Los avances tecnológicos de los terrícolas crecen exponencialmente mientras que sus avances éticos y racionales lo hacen de manera lineal.

Se concluye que los terrícolas, especie Humanos, aún no están preparados para formar parte de la Comunidad Galáctica Libre y se recomienda la infiltración de elementos inhibidores en los avances tecnológicos y la colocación de catalizadores para acelerar los avance psico-morales.

Ad'Silako'Comec
Doctor Psicólogo en Jefe
Responsable del ECA

© Daniel Antokoletz

DANIEL ANTOKOLETZ HUERTA (Buenos Aires, 1964) comenzó a escribir desde muy joven y ha obtenido varios galardones tanto a nivel local como nacional. Entre los principales se encuentran el Primer Premio del certamen *Cuentos para Niños*, del Consejo Argentino de Mujeres Israelitas de la Argentina, en 1993, y, en ese mismo año, la Primera Mención del Premio *Más Allá* del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía por su cuento breve *La sentencia*. Sus narraciones fantásticas y de terror se han publicado en diversos diarios, revistas y antologías, entre los que debe señalarse el que fue seleccionado para *Cuentos de la Abadía de Carfax, historias contemporáneas de horror y fantasía* y *Grageas 2* entre otras. Ediciones Andrómeda anuncia su novela *Contrafuturo*. Trabaja en investigación tecnológica y desarrollo de robots y sistemas.



LICENCIA DE CRÍA

por Susana Sussmann

Jesús y María José son los protagonistas de esta historia en la que la licencia de cría es un lujo que muy pocas parejas se pueden dar y en el que la aventura de criar a un ser humano es un reto muchas veces difícil de afrontar y de discernir. Esta es, pues, la historia de una pareja que debió afrontar la dificultad más grande de su existencia.

Jesús y María José se levantaron temprano ese día. Cuando salieron de su pequeño apartamento estaban radiantes. No es que se hubieran puesto sus mejores ropas, ya que en el barrio no existían tiendas que vendieran cosas lujosas, ni siquiera de buena calidad. Sólo se habían puesto trajes recién comprados, se habían peinado con cuidado y María José se había maquillado con más cariño que el que normalmente ponía antes de ir a la oficina. La verdad es que estaban radiantes porque la felicidad que sentían los hacía brillar.

Acababan de cumplir cinco años de casados, el tiempo mínimo que se requería para poder solicitar una licencia de cría. Los dos pidieron el día de permiso en sus respectivos empleos: la «Ley Orgánica del Trabajo, los Trabajadores y las Trabajadoras» se los garantizaba. Juntos, felices y amándose más que nunca, fueron a entregar todos los documentos que el Consejo Nacional de Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes les pedía: constancias de trabajo, referencias personales, referencias comerciales, estados de cuenta de las tarjetas de crédito (entre los dos tenían nueve), certificados médicos, certificados psiquiátricos... Todo estaba en orden. Sabían que obtendrían la licencia: estaban solventes, eran casi ricos, incluso podían ya comprar una casa de las urbanizaciones exclusivas para familias y, por sobre todas las cosas, se amaban tanto que estaban seguros de poder ser los mejores padres del mundo.

Luego de tres horas de espera entre que entregaban los números de la cola y abrieran las oficinas del Consejo, les revisaron toda la documentación y, como eran los primeros, fueron conducidos al interior del cubículo de entrevistas. Allí los esperaba un funcionario joven y, sorprendentemente, muy simpático. Les hizo muchas preguntas personales, les aplicó una prueba de situaciones hipotéticas, les ofreció café descafeinado (para que no se pusieran más nerviosos, dijo) y les explicó que sólo era menester hacerles una última revisión física. Jesús y María José se dejaron conducir a los dos consultorios y, para cuando los doctores les pidieron que se acostaran en el tomógrafo, ellos ya estaban seguros de que todo iba ser perfecto en su nueva vida.

Un par de horas más tarde, los felices esposos se detenían en una fuente de soda para almorzar. Mientras esperaban sus menús ejecutivos se pusieron a soñar con el

brillante futuro que les aguardaba.

—¿Te imaginas, cariño, poder por fin mudarnos a una casita de paredes blancas y con un jardincito lleno de flores? —decía María José con mirada soñadora—. Nuestro hijo va a ser muy feliz allí. Tenemos que mandar construir un columpio para que juegue.

—Sí, amor —respondía él a todo lo que ella imaginaba.

Se habían conocido en la universidad. Había sido por casualidad; ni compartían la facultad, ni la residencia estudiantil. Tropezaron un día en una función de cine universitario y volvieron a encontrarse en una obra de teatro estudiantil. Empezaron a salir, se entendieron, se graduaron y se casaron. Desde entonces habían vivido en un modesto apartamento que era lo único que el Estado permitía a los adultos que no habían obtenido todavía su ciudadanía.

En esos días era tan fácil ahorrar el dinero... Ambos trabajaban, pero en los barrios para pre-ciudadanos no había muchos lujos en los que gastarse el sueldo. Así que, para cuando alcanzaron el tiempo mínimo de casados, estaban ahítos de películas de cine, cenas caseras a la luz de las velas para celebrar los aniversarios, ingentes cantidades de ropas de baja calidad, montones de joyas de imitación y una abultada cuenta bancaria.

Gracias a ello, podrían fácilmente comprar una casa de dos pisos con un respetable jardín en una zona exclusiva de Caracas. Sólo tenían que notariar la licencia de cría y serían promovidos a ciudadanos, con todos los privilegios que eso conllevaba: mudarse de casa, cambiar de vida, el respeto de los demás ciudadanos, promociones en sus respectivos empleos, la prima parental, la prima de ciudadanía, el derecho al voto... Era una nueva vida, en todos los sentidos.

Tomaron buena nota de todo lo que aquel joven y simpático funcionario les había dicho. Que ser padre o madre era lo más importante que una persona podía hacer en su vida. Que los padres creaban y luego criaban a un nuevo ser humano. Que cada ser humano tenía el derecho, como ellos lo habían tenido, de vivir feliz y decidir cómo encaminar su vida. Que un hijo es un ente independiente. Que es una obligación y un verdadero privilegio. En fin, que no cualquiera podía ser padre. Que la mayoría de las parejas eran rechazadas. Que tenían que ser personas muy estables emocionalmente, no tener traumas que descargar sobre su hijo y amarse a sí mismos y entre ellos, porque si no, no podrían darle amor verdadero.

Y lo habían conseguido. Al fin. La ciudadanía. El respeto. El futuro. El gran privilegio. La gran responsabilidad. El gran honor.

Nueve meses después de obtener la licencia de cría, Jesús y María José se dirigieron a su hogar, una hermosa casa de dos pisos, toda pintada de blanco, con Mari-selita dormida profundamente en los brazos de su madre. Apenas entraron en la casa, la bebé despertó y comenzó a llorar. Los nuevos y flamantes padres hicieron todo lo que los abuelos les habían aconsejado: revisar sus pañales, darle de mamar, ase-



gurarse de que no tenía frío ni calor, tomarle la temperatura... pero no parecía ser nada de eso. Así que la pasearon para dormirla, la pasearon durante unas dos horas, la pasearon un poco más y, por fin, se quedó dormida. Directo a la cuna y por fin podrían descansar un poco viendo su querida televisión por cable. A los diez minutos de haber encendido la TV se escuchó de nuevo el llanto de la niña. Y treinta segundos después, Jesús y María José tuvieron su primera verdadera pelea de casados por ver quién se iba a encargar esta vez del bebé.

Los días de licencia posnatal pasaron en un tris. Un Jesús irritable y una María José ojerosa se dirigieron a la guardería a dejar a la niña de tres meses por primera vez en manos de los profesionales de la crianza. Montañas de trabajo atrasado les esperaban a cada uno, más todo el trabajo que se había hecho (mal) en su ausencia y que ahora tendrían que volver a hacer. Eran las desventajas de la responsabilidad. Las desventajas de la ciudadanía.

Esa tarde pasaron a buscar a Mariselita a la guardería y la llevaron a casa con la intención de dormirla temprano para poder acostarse ellos. No les fue tan fácil. La niña no quiso complacerlos hasta bastante tarde y María José acabó por mandar a Jesús a que pidiera la cena a domicilio, porque no iba a poder preparar nada. Jesús la obedeció refunfuñando, pues le gustaba la comida casera, pero no había otro remedio.

Los días se sucedieron monótonamente, uno tras el otro, casi sin sentirse. Dormían poco, estaban tensos, a veces peleaban por tonterías. Al poco tiempo, Jesús empezó a llegar tarde del trabajo con regularidad alarmante.

—Es que tengo mucho trabajo en la oficina, cielo —decía siempre—. Ya sabes, con este nuevo proyecto que me asignaron...

—¡Pero es que no necesitamos que ganes otra prima por proyecto, Jesús Andrés Rodríguez! —le gritaba ella mientras recogía los zapatos que él siempre dejaba tirados frente al sofá—. ¡Nos sobra el dinero! ¡Bien podrías delegar en alguien más como hago yo y venir temprano a ayudarme con la niña!

Y Jesús se encogía de hombros, buscaba una cerveza en la nevera y se sentaba a ver televisión. Mariselita, a todas éstas, empezaba a llorar apenas su mamá levantaba la voz. La mayor parte de las veces, María José la cargaba y la mimaba para calmarla. En raras ocasiones, Jesús la ayudaba también y terminaban los dos, felices, jugando con su querida niña, que cada día estaba más sana, grande y feliz. Pero algunas, muy pocas veces la mujer, agotada de trabajo, presiones y sufrimiento, se cerraba en el cuarto a llorar, dejando a la niña en la cocina haciendo lo mismo, por horas y horas, hasta que ambas se rendían agotadas. Cuando sucedían estos tan raros episodios, María José despertaba asustada a altas horas de la noche para encontrar a la niña dormida en medio de lágrimas medio secas y mocos. Jesús solía haber salido y no volvía hasta la noche siguiente.



Para la fecha en que Mariselita cumplió cinco años, sus padres decidieron comprarle una torta de crema, su favorita, para la fiestecita que le habían organizado. La niña insistió tanto en ir con ellos a la pastelería, que no pudieron negarse. Tampoco se negaron a dejarla llevar la caja de la torta.

—¡Yo la llevo, papi, yo la llevo! —Mariselita saltaba y saltaba, tratando de alcanzar la caja que contenía su preciosa torta de cumpleaños.

Enternecido, su padre se la puso con cuidado sobre los bracitos.

—Mucho cuidado con ella, que se te puede caer.

—No se me cae, papi, te lo prometo.

La niña caminaba con la cabeza erguida, muy orgullosa de la responsabilidad que le habían dado. Y, por ir mirando hacia el frente, no

vio el escalón con el que se tropezó. La caja de la torta voló por los aires cayendo finalmente al suelo, y con la crema hacia abajo.

Jesús perdió los estribos y agarró a Mariselita del brazo, sacudiéndola mientras le gritaba:

—¡Niña tonta! ¡Te dije que se te iba a caer! —Y la sacudía por el bracito, con el rostro rojo de ira—. ¡Pero tú, necia!

Ella no hacía más que llorar, sin entender la explosión de su papito que siempre la mimaba tanto. La gente pasaba por delante y los miraba con caras entre espantadas y horrorizadas. María José estaba muy avergonzada y trataba de calmar a su marido. Cuando él finalmente dejó de zarandear a la niña y la soltó, el bracito mostraba unos moretones bastante grandes. Mariselita seguía llorando, mientras se frotaba el brazo. Su madre la agarró por la muñeca y se la llevó apresuradamente del lugar, en pos de Jesús, que ya les llevaba veinte zancadas de ventaja, dejando atrás la caja de la torta y las miradas de toda la gente que había presenciado la escena.

Ese año Mariselita no tuvo fiesta de cumpleaños.

Sin embargo, cuando cumplió los once años, Jesús le regaló una hermosa bicicleta azul para *cross*. Ella la quería roja, pero al menos era bicicleta. Y la quería montañera, pero al menos era bicicleta. Sin embargo, a pesar de que pasaba fuera de casa veinte horas al día, su padre al menos sabía que ella se moría por tener una bici. Le duró tres meses, hasta la vez que se cayó y sus padres se la quitaron.

Jesús y María José nunca llegaron a enterarse, pero la niña iba a escondidas al



estacionamiento donde estaba guardada la bicicleta y se quedaba horas enteras mirándola y soñando que la dejaban volver a usarla, mientras amargas y silenciosas lágrimas resbalaban por sus mejillas. En varias ocasiones, Mariselita jugueteaba con la idea de escaparse un rato con la bici, pero le habían dicho que si lo hacía le pegarían. Y ella temía las explosiones de ira de su padre.

En una ocasión, él había estado a punto de pegarle y había logrado desviar la mano a última hora, golpeando el vidrio que cubría una peinadora. El vidrio se había roto. Los huesos de los dedos de su padre también. Jesús nunca había agredido físicamente a su hija, o al menos no más fuerte que darle algunas nalgadas, pero ella, desde aquel día en que Jesús se había roto la mano por no pegarle, tenía verdadero pánico a sus accesos de ira. Por esta razón jamás se atrevió a tocar de nuevo su bicicleta.

Poco después de que Mariselita cumpliera sus quince años, Jesús la descubrió sentada a hombros de un muchacho, jugando a las guerras con otros chicos y chicas en la piscina del conjunto residencial. Todo se resolvió en menos de un minuto. Un par de gritos por la ventana, la muchacha entrando a casa a toda prisa, castigada el resto de la semana sin poder salir de su habitación excepto para ir al colegio. Esta vez, María José no discutió con su marido: Mariselita les había mostrado que era «igual que todas».

—¡No has sabido educarla! —gritó Jesús a su esposa esa tarde, encerrados en su habitación—. ¡Es una puta cualquiera!

María José no decía nada, pero en adelante no pudo volver a mirar a su hija sin demostrarle lo decepcionada que estaba de ella. Igual que todas, murmuraba tratando de que su hija no la oyera... la mayoría de las veces.

Desde entonces, la chica no volvió a ser vista por sus padres con otros muchachos. Ellos pensaron por un tiempo que su hija, de nuevo, se estaba portando bien. María José, incluso, empezó a sentirse de nuevo orgullosa de sí misma como madre. Pero una tarde, meses después, la mujer encontró una libreta de su hija en la que había un burdo poema. Decía, entre otras cosas, que sus amigos no la querían y se preguntaba si era un monstruo para que la despreciaran así. María José no le prestó mayor atención, pero en la noche se lo enseñó a Jesús, quien se molestó con su hija por escribir semejantes cosas.

—¿Cómo es posible que mi hija diga estas cosas? ¡La estás criando muy mal! —le dijo esa noche a su mujer, sin preocuparse de que la chica estaba escuchando en la otra habitación.

Marisela salió de su cuarto llorando y se asomó al de sus padres para gritarles:

—¿Es que ya una ni siquiera tiene derecho a escribir?

La escena terminó en un instante. Jesús le cruzó la cara de una bofetada y empujó a su sorprendida hija hasta el cuarto, encerrándola con llave. Fue la última vez



que ella tuvo valor para enfrentarse a su padre.

A los diecisiete años, Marisela decidió que quería estudiar en la universidad. Jesús y María José se sintieron muy orgullosos, hasta que ella les dijo que quería inscribirse en la carrera de letras. Jesús le dijo que estudiara algo útil o nada. Y, para presionarla, le prohibió seguir asistiendo al taller de poesía al que ella iba feliz todos los martes.

—Siempre has sido una inútil —le dijo—. Ya es hora de que aprendas que la vida no es sólo placeres. Aprende algo útil, deja de ser un parásito de la sociedad. La poesía no sirve para nada.

El día en que Marisela cumplía los dieciocho años que le permitirían tomar cualquier decisión sin permiso de sus padres, ella hubiera debido ser festejada por sus padres y sus amigos. Hubiera debido ser conducida por sus orgullosos padres hasta la residencia estudiantil en la que viviría hasta graduarse de la universidad. Quizás hubiera pasado muy poco tiempo hasta que se enamorara de alguien y comenzara su viaje en pos de la ciudadanía.

Pero en vez de reír y bailar en su fiesta de cumpleaños, en vez de ir a la universidad, en vez de conocer a un buen chico y construir un futuro brillante, en vez de todo eso Marisela salió de la casa de sus padres dando un portazo, con una pequeña maleta en la mano, jurando que jamás volvería. María José trató de seguirla para suplicarle que volviera, sus ojos arrasados de lágrimas, pero Jesús la obligó a quedarse a punta de bofetadas.

No supieron de ella en meses. Jesús había además prohibido a su mujer que la volviera a nombrar. Habían criado una mala hija. María José se sentía fracasada. Y Jesús... Jesús empezó a no venir a casa ni siquiera por las noches.

Una noche, María José vio en el noticiero que Marisela había participado en un atraco y pudo distinguir su mirada enrojecida y sus pupilas dilatadas mientras la metían en la jaula para llevársela. El periodista decía que habían sido cinco atracadores, que tres habían caído en el fuego cruzado con la policía, que habían encontrado heroína en sus bolsillos y que presumían que estaban completamente drogados. Hubo un momento de silencio entre el momento en que el periodista terminaba de hablar y que cortaban la transmisión en el cual María José creyó escuchar a su hija llamándola a gritos:

—Mamáaaaaaaaaaaaaa...

María José despertó cubierta de un sudor frío. Estaba en el consultorio médico al que había acudido con Jesús para pedir su licencia de cría. Al momento en que se incorporó en la cama acudieron dos enfermeras, quienes le dieron un vaso de agua y la ayudaron a incorporarse, llevándola de nuevo a la oficina del joven y muy simpático funcionario. Allí estaba Jesús sentado; le temblaban las manos.



—Permítanme explicarles lo que fue la última prueba —empezó a decir el joven—. Lo que les dijimos que era una prueba médica era tan sólo una excusa para llevarlos al equipo de simulación que parece un tomógrafo. —El funcionario sonrió con frialdad mientras se recostaba en su asiento y continuaba—. Es normal que se sientan desorientados. Ahora creen que han vivido diecinueve años siendo padres de una niña, pero sólo han sido años de tiempo virtual. En realidad han pasado, veamos, cuarenta minutos. Pero —añadió, echándose hacia delante y tomando una planilla de su escritorio— ya se irán readaptando al transcurrir normal del tiempo real. No se preocupen.

»Lo que hemos hecho es someterlos a las presiones normales de ser padres. Les hemos presentado una niña normal y corriente, todo esto enmarcado en una vida tranquila y sin mayores problemas. Observamos cómo reaccionaban. La chica de la simulación es una red neural que aprende como lo haría un niño de verdad. Reaccionaba ante ustedes como lo hubiera hecho una niña real. Marisela es la hija que ustedes criaron.

»Creo que no tengo mucho más que explicarles.

El joven y ya no tan simpático funcionario tomó un anticuado sello de caucho de su gaveta, lo mojó en una no menos anticuada almohadilla llena de tinta y lo apretó contra la planilla que tenía ante sí, la firmó y se la entregó a Jesús y a María José.

El sello decía: LICENCIA DE CRÍA NO CONCEDIDA.

© Susana Sussmann

Escritora de ciencia ficción y fantasía, editora de la revista <i>Crónicas de la Forja</i> , coordinadora del taller literario <i>Los Forjadores</i> , organizadora de las <i>Tertulias Caraqueñas de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror</i> , activista de la ciencia ficción, física de cuerdas y supercuerdas, metróloga de masa, auditora de calidad, feliz madre y esposa.



¿SER O NO SER?

por Blanca Mart

Detrás de esta pregunta shakespiriana se encuentra un relato en el que todo, hasta la identidad propia, se encuentra sujeto a cuestionamiento. Las cosas se nos presentan de tal manera que lo único que podemos cuestionarnos es si realmente son como las vemos...

La cuestión era si el *filmico* era real o no.

Aquí en Atrax 25, apenas tiene uno visitas, ni reales ni imaginarias, y ver de pronto a Dirk Bogarde fumando tranquilamente en el laboratorio me sobresaltó un poco.

—Aquí no se fuma, Dirk —le dije severamente—. Más bien: ni aquí ni en todo el Asteroide. ¡Como si sobrara el oxígeno!

Él había sonreído levemente con ese encanto suyo, mientras enarbolaba el cigarro.

—No es real —había dicho—. El cigarro no es real.

—¿A qué debo el honor de tu visita? —pregunté, algo mosqueado.

—Pasaba por aquí —había contestado impertérrito—. Si no te supone molestia, me quedo una temporadita.

Su mirada era tranquila, indiferente, pero sé reconocer ese calmado-brillo-peligroso. Llevo mucho tiempo observando los ojos de los robots, de los androides, incluso de algunos clones... no hay que precipitarse con ellos.

—Hombre, unos días... pero yo tengo mucho trabajo —protesté—, en fin, acomódate pero déjame pensar.

Entre si eran peras o manzanas, allí estaba Dirk aposentado, apareciendo y desapareciendo, canturreando una sonata de piano, y tragándose todos los compuestos de celulosa, que le encantaban.

Y nada de llamar a Tierra pidiendo ayuda. Yo había ido allí voluntario, pues estaba bastante harto de los miles de millones de terrestres que pululábamos por la Tierra incapaces de hacer nada bueno. Unos añitos en ese Asteroide-Laboratorio solo, totalmente solo, era algo que me apetecía bastante. Yo tenía que trabajar, claro. Era químico y biólogo. Tenía que analizar todo lo que pasara por allí y luego enviarlo a Tierra, al laboratorio G.Earth.

Los «earth», por fin se habían quitado de la cabeza que esta investigación iba a ser un trabajo rápido, porque daba la bendita casualidad de que este pedrusco se recreaba a sí mismo en su viaje por el universo y así como en otros lugares las plantas



crecen, se multiplican, mutan, aquí ocurre con las arenas, las piedras, y las plantitas pétreas con hojitas de carboximetilcelulosa. Así que tengo trabajo para rato. Aparte de que nadie, nadie quiere venir a este lejano lugar.

Pero nada es perfecto y acababa de encontrar una piedra en mi zapato: un *filmico*, un *imagen*. Yo ya había oído hablar de ellos. Me llegaban noticias de que estos seres, nacidos en *filmes* después de la Era Clónica, aparecían en diversos escenarios y paisajes del Universo, nunca en la Tierra, y, en sus nuevas formas siempre ligadas a un cierto tipo de celulosa, llevaban un modo bastante insistente de vida. O sea, que no se iban: querían vivir.

Así estaban las cosas.

Daba igual lo que yo decidiera. En cuanto a cómo había llegado, ni idea. No había aterrizado ninguna navecita en el pequeño asteroide, ninguna proyección, ningún resto de nada en la nada. De repente, los *filmicos* aparecían y desaparecían imprevisiblemente. También estaba aquella mirada... me inquietaba. Así que decidí jugar la carta hospitalaria y en la próxima aparición, que fue en el huerto hidropónico, le hablé claramente.

—Mira Dirk, si deseas quedarte por aquí, por mí no hay problema. Me caes bien.

—Es que somos dos —respondió.

Le miré sorprendido. No podía hacer nada al respecto y bien mirado así se distraería hablando, ensayando, recitando o lo que sea que hicieran los *filmicos*.

—Muy bien —dije—. ¿Quién es?

Detrás de un árbol, gloriosa, deslumbrante como un rayo de sol, apareció ella; casi me atraganto de la impresión, después tomé aire.

—Bienvenida Gilda. —La saludé con su nombre de protagonista de mi filme preferido y, encima, añadí—: Estáis en casa.

—Sí, estamos en casa —susurró ella—. Gracias, Frank.

—Aquí tenéis toda la celulosa que podáis desear.

—Tú eres el que sabe. Buenas noches, hermano —dijo Dirk.

Luego desaparecieron. Esa noche no pude dormir. Una duda me atormentaba: ¿A qué se refería Dirk cuando dijo, «tú eres





el que sabe»?, ¿es que cree que soy un *filmico*? Mi vida terrestre demuestra que no. Recuerdo perfectamente mi propia historia. Me puse nervioso y decidí hacerme una taza de café. Corté unos hojitas de celulosa y las puse en la taza, ¡qué bien olían!

Por unos segundos imaginé la sonrisa socarrona de Dirk y ¡diablos, me quedé pensando!

© Blanca Mart

BLANCA MART publica en España y México. Su obra comprende novela contemporánea (*La Nimiedad*), biografías para niños, poemas (*AVATARES*), novelas policíacas. Dentro del género de Ciencia Ficción y Fantasía, novelas, cuentos y artículos. Sus últimas publicaciones son *El Espacio Aural* (ciencia ficción), *A la sombra del Linaje* (Fantasía), *Dorian Eternity* (vampiros). Blanca tiene su propia página en Amazon: <http://www.amazon.com/Blanca-Martinez/e/B00CC9XLTY/>



NOVELAS

OXÍGENO Y AROMASIA CAPÍTULO 22: LA CUEVA DEL ZAFIRO

por Claës Lundin

Traducción: Alicia Maseda Martin

Aromasia parece haberse liberado de su amor por Oxígeno. Éste no parece ser la pareja igualitaria que propugna la avanzada novela para la época y que hoy está de actualidad.

Mañana me voy a Gotemburgo —le dijo Aromasia a la tía Vera.
—¿Durante un tiempo? —preguntó la vieja amiga de Aromasia.
—No, me quedaré allí —respondió Aromasia con una expresión decidida, pero que dejaba entrever su tristeza.

—No me parece muy feliz con tu decisión. ¿Por qué te marchas, entonces?

—Mi maternal amiga, dejarte no me hace feliz, así que...

—Así que echas de menos tu relación con Oxígeno. Ah, ya entiendo. Todavía lo amas. ¿No es así?

—Sí, lo amo, pero nunca podré estar con él. Es celoso y testarudo, exigente y se importa más él mismo que los demás. Una vez me acusó de tener opiniones anticuadas, pero parece que él piensa igual que yo pensaba en el pasado, es decir, cree que una mujer solo existe para procurar el bien del hombre.

»Sin embargo, yo lo amo y desearía poder hacerlo feliz. Nunca encontrará la felicidad si estamos juntos, y tampoco lo haré yo. Por lo tanto, debemos seguir caminos separados. Probablemente él se quedará en Estocolmo. Yo me asentará en Gotemburgo.

—Bueno, unas pocas horas de distancia no resulta exactamente un abismo insalvable. Puedes cambiar de opinión, y entonces, la distancia entre los dos no resultará tan inmensa.

—Tía Vera, no cambiaré de opinión.

—¿Todavía crees que la privación es el destino de las mujeres? —preguntó la tía Vera con una sonrisa.

—No, lo hago, precisamente, porque no creo eso. Me opongo al egoísmo del Oxí-



geno —declaró Aromasia.

—Entonces, ¿te has liberado de la influencia que el viejo escritor parecía haber ejercido sobre ti desde hace algún tiempo?

—¡Completamente! Dudé por un tiempo. Casi pensé que debía renunciar a mi propia independencia con el fin de satisfacer a Oxígeno. Pero ahora he aclarado totalmente mis dudas. Mi convicción sobre mi dignidad como mujer resulta tan fuerte como mi amor.

—¡Estás a salvo, mi querida Aromasia! —exclamó la tía Vera—. Una vez más, te has alejado de la falsa visión sobre la vida que estaba a punto de derrotarte. Te aprecio y te felicito por tu firmeza.

»Al mismo tiempo, lamento que debas vivir sin tu amor. Sin embargo, ese no es el tipo de privación arcaica de ceder a las demandas del hombre o, mejor dicho, a sus caprichos. Tú preservas tu dignidad humana y te darás cuenta de que resultará más fácil consolarte a ti misma por tu desamor. Oxígeno no se merece que estés junto a él. ¡Olvidalo!

—No, no puedo olvidarlo y no sé si quiero olvidarlo. Me gustaría mantener su amistad. Él es, en muchos aspectos, un hombre excepcional.

—Oh, Aromasia, no sabes nada acerca del mundo, a pesar de tus más de veinte años de edad. Hace tiempo que tu experiencia del mundo debería haberse consolidado. En la actualidad, ese tipo de cosas no son tan lentas como resultaron en el sosegado pasado. No obstante, a pesar de todo tu conocimiento financiero, eres una gran artista...

—¡Tía Vera! Mi arte ya no será suficiente para mí nunca más. Debo ampliar mis horizontes.

—De acuerdo, pero eres una gran artista. Puede que creas que la amistad sustituirá al amor, pero no existe tal amistad. Los hombres son muy egoístas y egocéntricos. Si Oxígeno no consigue casarse contigo, algo que él nunca ha demostrado querer, entonces no confíes en que se dé por satisfecho con tu amistad. Se convertirá en tu enemigo.

—No quiero creer eso. Al menos por el momento no voy a pensar en nada de eso. Ahora necesito toda mi energía para dedicarme a la vida política.

—¡Eso está bien, mi querida Aromasia! —exclamó Vera al tiempo que acariciaba a la joven—. Debes dedicar tu tiempo a la política. Tienes mucho trabajo y lo vas a conseguir.

—Me voy a Gotemburgo. Tras la renuncia de Oxígeno tendrán lugar unas nuevas elecciones. Esta vez demostraré que confío en mi misma. Apareceré en todas las juntas electorales, y casi diría que visitaré a todos los votantes. Haré todo lo que esté en mi poder para ganar.



—Espero que no hagan lo mismo que en las últimas elecciones, cuando pensaban que habías muerto.

—Depende de mí misma dejarme ver con vida. Estoy decidida en lograr algo en la legislatura.

Los ojos de la joven brillaban como los de una muchacha de hace quinientos años, al pedirle que bailara su primer vals.

—Sabes que te deseo lo mejor —dijo la tía Vera—, e iré muy a menudo a Gotemburgo para oírte hablar en el Parlamento. Espero que no te olvides de tu ododión.

—¡Oh, no! Me temo que el público pronto lo olvidará. Los cerebros están inundando el mundo.

—Creo que deberíamos hacer un pequeño viaje al archipiélago antes de que te marches a Gotemburgo. El clima es agradable y hace días que no vuelo más de un metro por encima de los tejados ¿Te parece bien?

—¡Con mucho gusto! Necesito un poco de diversión y voy a disfrutar de tu compañía tanto como sea posible, querida tía Vera.

—He invitado a varios de nuestros amigos. Nos encontraremos sobre la gran fábrica en el viejo Mosebacke. Seremos un grupo de ocho o diez personas. Pasaremos un día muy feliz.

—¡Oh, estupendo!

La sonrisa volvió a los encantadores labios de Aromasia. Una vez más, parecía imperturbable, como lo habría parecido cuando creía en el desinteresado amor de Oxígeno y en el dulce aroma del futuro del ododión. Ella volvió a ser una chica alegre y el mundo se convirtió en un juego.

¿De verdad había superado su amor por Oxígeno? ¿Se había liberado de todos aquellos pensamientos alarmantes?

(Continuará...)

© Claës Lundin

© de la traducción: Alicia Maseda Martin.

Hace cien años, CLAËS LUNDIN (1825-1908) era bien conocido en Suecia. Fue periodista y corresponsal en el extranjero, trabajando para periódicos en su oriunda Estocolmo y en Gotemburgo. Escribió muchos libros, principalmente sobre la vida en Estocolmo, pero también libros de viajes por Europa y Suecia. Antes de su tormentosa colaboración con Strindberg, publicó en 1878 su novela de ciencia ficción *Oxígeno y Aromasia*. La novela se inspiró en *Bilder aus der Zukunft (Imágenes del futuro)*, del filósofo y escritor de ciencia ficción alemán KURD LASSWITZ (1848-1910). La novela se puede leer en su idioma original en el siguiente enlace: <http://runeberg.org/oxygen/>



CRÓNICAS DE LA TIERRA MESTIZA

SEGUNDA PARTE: EL GUARDIÁN DE NUESTROS HIJOS

por Javier Cosnava

La Tierra Mestiza ha dado un nuevo giro y las cosas han cambiado. Las mujeres han tomado el poder. La Reina es Rey y el cauce de las aguas vuelve a su lugar original: LOS ÁRBOLES DE NLÒPLAL AMARILLO. En esta nueva realidad, la dama Remolino continuará insaciable devorando a cuantos le rodean para saciar su alma mientras nuevas intrigas de Palacio, asesinatos y secuestros, planean en el horizonte. Nada ha terminado con el ascenso de la Reina-Rey Pleamar. En realidad, todo acaba de comenzar... de nuevo.

CAPÍTULO 7.1: HUERTO. ÁRBOLES DE NLÒPLAL AMARILLO

234 d.A.
(8 años después)

0

Tení el aspecto de una garza: cabeza pequeña, piernas delgadas y torcidas, hasta se recogía el pelo en un moño como si fuese a acudir a un baile de disfraces vestida... de garza, claro. No sabía en qué momento había comenzado a odiar a aquella fea asistenta, pero la odiaba, profunda, íntimamente. Si pudiera la haría matar. *Oh, dioses, qué idea más provocadora*, pensó la dama Remolino, sintiendo que se le erizaban los cabellos. Trató de serenarse pensando en cualquier otra cosa.

La cucharilla cosmética resbaló de las manos de su asistenta y repicó en el suelo de piedra. Remolino la fulminó con la mirada.

—¿Sabes cuánto me costó ese frasco de maquillaje, maldita imbécil? El doble de lo que tú vales.

La muchacha se inclinó en una reverencia y aprovechó el gesto para recoger la cucharilla. Isis, labrada en el mango, le hacía un gesto de desconfianza, y por mucho que intentó parecer segura de sí misma, no pudo dejar de temblar. Temía la ira de su ama. Todos la temían.

—¿Dónde aprendiste tu oficio, campesina, en un barco de pasajeros? Te mueves como si fueras a zozobrar.

Remolino rió bien alto su gracia para que la oyera su amante, que descansaba aún en el lecho, medio adormilado.

—¿Has oído, pichoncito mío? Como si fuera a zozobrar.

Irta se rascó meticuloso su oreja izquierda y se incorporó a medias para reír lo mejor que supo.

—Verdaderamente jocoso, mi ranita, verdaderamente jocoso. Y, hablando de cosas divertidas y jocosas, necesito otros cuatro o cinco Deben de oro.

—¿Más? ¿Qué hiciste con lo que te di ayer?

—Gastármelo —respondió Irta, sinceramente. Y rieron ambos de buena gana.

—Eres un pilluelo, ¿cómo voy a saber que no te gastas el patrimonio de mi buen Vértice en las prostitutas del puerto?

—Para mí no hay más prostituta que tú, noble Remolino.

Ahora Irta rió de buena gana y Remolino fingió, mirándolo fijamente.

—A veces sueño que te estrangulo con mis propias manos. Debería ser un sueño nefasto, guardándote como te guardo en un lugar de privilegio dentro de mi corazón; pero es un sueño agradable, liberador. ¿Cómo lo interpretas, mi amable jardinero?

—Yo dejo los sueños a los sacerdotes, a los Recitadores y... también a los soñadores, naturalmente.

Remolino se mordía el labio inferior, realmente excitada por la idea de ver morir a su amante y a su asistenta. Tal vez podría llamar a Siptah y... Se pasó una mano por los pezones, pintados de ocre, duros como piedras.

—Naturalmente, mi joven muchacho. Soñar es algo al alcance de cualquiera. ¿No es verdad? —dijo, echando mano a su frasco de pastillas engordantes.

Irta salió del lecho y caminó majestuoso hasta el cuarto de baño, donde las aguadoras le esperaban para lavarle. En la bañera, envuelto en fragancias de aceites perfumados, las vasijas de agua derramándose sobre su cabeza, se dejó llevar por el placer de aquel instante, forzosamente breve.

Esa puerca de Remolino.

Irta recordó cómo, después de causar tanto sufrimiento, la gran dama Remolino se había cansado del cuerpo desgano y ya no tan joven de su Maestro y padre adoptivo Kamutef. Agotada su pasión por la monotonía de alcanzar lo tantas veces deseado, se había inclinado por manjares más tiernos, como él. Irta sabía que era uno de muchos, pero que también era uno de los primeros.

Sintió que lo observaban. Remolino, espléndida con su maquillaje y su peluca de mil trenzas.

—Tienes suerte de que ya casi haya terminado mi aseo, porque volvería al baño sin dudarlo dos veces, mi joven muchacho.

—Lástima que no podáis, pues el noble Vértice os espera tras su gran odisea en



la luna Tonutir. Ahora vuestro esposo es un héroe. Fue el primero en orbitar nuestro planeta y ahora uno de los tres elegidos que han hollado la superficie de nuestro satélite. No podéis dejar al varón formidable presa de más rumores y cotilleos de los que deberá enfrentar cuando regrese.

Remolino se encogió de hombros.

—Vértice me creará a mí.

—Juzgáis a los seres humanos en demasía manipulables. Puede que un día no os sea tan fácil esconder todos los hombres que entran en vuestro lecho.

Remolino se revolvió furiosa y salió de la habitación. Irta, que muchas veces intentaba herirla, mostrándose irónico, descortés y lacerante, no lo había intentado esta vez. Había dicho sólo lo que pensaba. Removió la cabeza. Aquella mujer endiosada, demasiado segura de sí misma, demasiado afecta a excesos y a riesgos innecesarios, podía labrarse la perdición y, de camino, también la suya. En aquel momento decidió que no volvería jamás a aquella casa.

La voz de Remolino le llegó del otro extremo de la estancia.

—Acabad pronto vuestro baño, hay que despejar las habitaciones.

El Segundo Servidor de los Jardines del Rey, Irta, hijo de Kamutef, salió apresurado por la puerta, se ciñó una falda corta y, tras un breve saludo, desapareció escaleras abajo.

1

Bakenkhonsu entró en las habitaciones de la dama sin hacerse avisar. Remolino correteaba desnuda de cintura para abajo; reía y se probaba un nuevo collar, dos nuevas ajorcas, dos juegos de brazaletes... tan indiferente a todo como la había imaginado.

—Señora, la Reina os reclama en el centro de actividades espaciales de Ipet-sut. Todos están ya allí. Me manda a buscaros.

—Ya estoy, ya estoy.

Pese a todo, Remolino no parecía haberle escuchado. Iba de un lado para otro quitándose un anillo y poniéndose cuatro, daba una orden y un criado regresaba con una copa de vino, y luego se sentaba a mirarse las uñas, ajena a su presencia. Preguntó a una asistente si le parecía que era demasiado estrecha su nueva peluca, quizás una de cabello natural, la negra lisa con...

—Por favor, mi Señora...

El Primer Profeta de Amón-Re y ahora Visir del Norte y del Sur, Bakenkhonsu, había aconsejado en más de una ocasión a su amigo Vértice que no desposase a aquella viuda enloquecida. Sólo era cuestión de tiempo que le dejara en evidencia.



Había vivido demasiado tiempo a la sombra de Pleamar, se creía invulnerable y, como tal, por encima de la ley, los preceptos y las normas. La contabilidad de su dominio no resistiría siquiera una mirada superficial, sus gastos eran superiores a los de Amigos y notables que ostentaban los más altos cargos del Doble País. El asunto había llegado a los Jefes de lo que Está Sellado, los encargados de las finanzas del reino, y se había armado un considerable revuelo. Pero Pleamar había paralizado la investigación. Remolino había argumentado ignorancia. Y ahora los dos Jefes de lo que Está Sellado habían pasado a engrosar su lista de amantes que, por lo que él sabía, no tenía fin.

—¿Me queda bien este amuleto en la garganta, noble príncipe?

—Estáis radiante, Remolino, pero lo estaríais más camino del puerto.

La gran dama hizo batir sus largas pestañas con aire de abatimiento. *¡Oh, sois tan formal, tan estirado!*, le susurró a través de su implante branquial. Bakenkhonsu era uno de los primeros hombres que se lo había instalado. Había tenido incluso que someterse a una fea operación para obtener un remedo del sistema respiratorio externo herencia de los Loo. Sin embargo, había sido un sacrificio necesario. De pronto, todo el mundo conversaba a través de aquellos malditos implantes, y no poseer uno significaba quedarse al margen. Y quedarse al margen era una cosa que un hombre como él no podía permitirse.

No dilatéis más vuestras obligaciones con estos juegos, noble dama, os lo ruego, le transmitió el viejo príncipe, luego de sintonizar su longitud de onda.

Finalmente, como si intuyese que su paciencia se terminaba, Remolino se acercó a él y le cogió del brazo.

—¿Qué hacéis ahí parado, mi buen Bakenkhonsu? ¿No sabéis que el Rey y mi esposo, el bravo Vértice, nos esperan en Ipet-sut?

De camino a Ipet-sut, uno junto al otro en la silla de manos, el ajado servidor del Dios Oculto y la gran dama de la corte apenas se dirigieron la palabra hasta que divisaron las primeras avenidas móviles. En ellas se apiñaban centenares, miles de personas, pues aquel día habían acudido a la capital gentes de todas las ciudades y pueblos del país, aparte la práctica totalidad de los miembros de la SoGen, para los que Vértice era un héroe y aquella misión el éxito más glorioso desde su creación, medio siglo atrás, por orden de Reina-madre Constelación.

—¡Oh, estoy tan contenta que mi aguerrido esposo, Vértice el Conquistador, regrese de esa misión tan lejana y comprometida! Casi temía que sería tan desconsiderado como ese noble de Abedju, por Amón, ¿cuál era su nombre? Bueno, ese holgazán que tuvo la indecencia de caerse sobre su propio estoque cuando lo limpiaba. Una muerte estúpida para un hombre estúpido, ¿no creéis?



Atravesaron la segunda línea de campos de fuerza y saludaron a una compañía de aerobarcazas que surcaba el cielo haciendo todo tipo de piruetas y acrobacias. Al fondo, desde un navío solar, comenzaron a lanzar fuegos de artificio.

—Sin duda, mi Señora.

Bakenkhonsu recordaba insistentes rumores de ruptura de la pareja previos al deceso de aquel pobre tonto, y sabía que un divorcio habría menguado considerablemente el patrimonio de Remolino. Respecto al accidente del noble de Abedju, ¿cómo se llamaba? Un nombre difícil de pronunciar, no parecía egipcio. Bueno, el accidente no se lo había creído nadie. Pero Pleamar había paralizado nuevamente la investigación. El sacerdote miró con asco a su interlocutora. Había cosas en aquel reinado que muchos encontraban detestables. Sonrió para sí mismo sabiendo que si gobernara un hombre sucederían las mismas cosas y entonces todos las verían como simples asuntos de estado. En la corte podían ser sectarios, pero no tontos. Sólo los tontos se engañan a sí mismos a la vez que a los demás.

—¿Es verdad que la nave de mi esposo ha conseguido alcanzar el misterioso Tonutir y alunizar en solitario con un pequeño módulo? He oído que en el Estrecho de los Piratas libraron de ida y de vuelta sangrientas batallas con otras razas. Una amiga mía afirma que mi esposo fue capturado y se sublevó, y ahora trae consigo uno de esos barcos corsarios. También que ha conseguido no sólo los árboles de Nlòplal amarillo que le pidió el Rey Pleamar sino montañas de oro, terebinto, ébano y esclavos sin fin. Una maravilla, ¿no creéis?

Al atravesar la última de las avenidas móviles, vieron a una multitud enfervorizada chillando en dirección a las figuras del Rey Pleamar y de Vértice, que estaban subiendo a una larga plataforma iridiscente. Desde ella, sin duda, lanzarían sus discursos, pensó Bakenkhonsu, al tiempo que respondía:

—Señora mía, todo eso son patrañas y cuentos de viejas. No existe Estrecho de los Piratas ni alienígenas corsarios. Todo eso son leyendas del antiguo Egipto. Estamos solos en este rincón del universo, gracias a Dios. Vuestro esposo lleva quince meses navegando lejos de vuestro hogar; en todo ese tiempo, ¿no os interesasteis por todas estas cosas? ¿No preguntabais por la suerte de Vértice ni leíais los informes de palacio o lo que los heraldos...?

Bakenkhonsu calló abruptamente. La puta jamás había pensado que Vértice regresara. Muchos lo habían creído también. Era el primer viaje tripulado de la historia del pueblo mestizo y había tantas probabilidades de perecer que seguramente ella creyó que.... De pronto, recordó que Remolino había animado en su momento a Vértice para que aceptase la misión de la SoGen. La muerte del Loo le habría convertido en una de las viudas más ricas de todo el país.

—¿Deciais, noble Bakenkhonsu?

—Nada, noble Remolino.



Cuando por fin alcanzaron las puertas del centro de actividades espaciales, el gentío bloqueaba las calles y sólo los soldados pudieron conseguir que les abrieran un camino para pasar. Se oyeron gritos, el silbido de los palos, gemidos entrecortados, un recién nacido que lloraba caído con su madre en el suelo. Pero Bakenkhonsu no pensaba en nada de lo que sucedía a su alrededor. Cuando el Loo regresase, las pruebas incontestables de adulterio servirían para instruir una investigación que ni Pleamar podría frenar, a menos que quisiera poner en ridículo a Vértice, cosa que dudaba. Pero habría que actuar con suma cautela, no fuera que su viejo amigo tuviera un desafortunado accidente mientras limpiaba su espada de comandante de la infantería Meshaw.

2

Muy lejos, a centenares de Iterus de distancia, Precesin y una pequeña de apenas siete años caminaban al encuentro del héroe perdido en la soledad de las Tierras Baldías. Desde siempre, se había dicho que en aquella tierra no podía haber vida. Los Moribundos, por razones que nadie entendía, habían dispuesto que sólo una porción del planeta fuera habitable. Así, tan pronto se abandonaba la Tierra Mestiza y el Gran Verde quedaba atrás, al viajero sólo le salía al paso un paisaje desolado, hueco: un maldito desierto sin fin.

Ni una planta, ni una flor, ni un maldito insecto; sin embargo, la tradición decía que las primeras flores de Nlòplal eran originarias de las Tierras Baldías. Así lo había creído la misma Constelación. Por fuerza, razonaba Precesin, debía ser mentira.

Sin embargo, el que aquel lugar fue inhabitable servía a los designios de la Sogen. En el corazón mismo de las tierras baldías se levantaba el verdadero centro de operaciones espaciales, el Ipet-re. Allí habían realizado a escondidas todo su programa de cohetes durante años. Allí, minutos antes, había aterrizado Vértice con la nave que en verdad había viajado a la luna. Mientras, un doble atendía a la multitud en Ity-tawy. En la representación que tenía lugar en la capital todo era calculado: no había margen para el error. En las Tierras Baldías podía suceder cualquier cosa, incluso un accidente. En realidad, se había producido una pequeña explosión y multitud de robots daban vueltas a la zona de aterrizaje frenéticos y concentrados en múltiples tareas.

Un pequeño problema con la reentrada, Colmena. La nave casi se estrella — sintonizó Precesin a través de su implante.

La niña detuvo una sonrisa en su rostro de ángel.

¿El héroe está en peligro, maestro?

No; me dicen que sólo ha sufrido algunos golpes y magulladuras. Ahora se lo llevan en suspensión dentro de su cápsula de escape. La nave-krank modificó su forma para absorber el golpe gracias a la Señora del Cielo, y tanto Vértice como su carga están a



salvo.

La niña pretendía recorrer el perímetro exterior de la zona de aterrizaje. Un androide se lo impidió.

—Es peligroso —entonó con una voz suave y casi humana

Como sabes, Colmena, la velocidad de escape de la Tierra Mestiza es muy pequeña comparada con Biwoses, nuestro mundo de origen —comentó Precesin, intentando aplacar con datos la curiosidad de la pequeña—. La nave-krank puede hacer que la transición entre la energía cinética de escape y la potencial se efectúe más rápidamente y de forma más segura. Las modificaciones que hicimos a última hora en el diseño han salvado la misión.

Sin embargo, algo falló. El héroe casi muere.

Siempre puede fallar algo. No somos infalibles.

Deberíamos, maestro. No podemos permitirnos errores. En nuestras manos está el destino de todo un mundo.

Colmena volvió sobre sus pasos y finalmente alcanzó la cápsula donde, en suspensión, se llevaban en volandas al héroe varios androides.

Quiero hablar con él héroe.

No es un héroe, jovencita. Y no puedes hablar con él. —Precesin trató por una vez de mostrarse severo ante su favorita, pero ambos sabían que era incapaz.

La niña se plantó delante del cortejo de robots y lo detuvo con su sola presencia. Luego, armada sólo de una enigmática sonrisa, se acercó a la cápsula con paso decidido. Uno de los robots se volvió hacia el rector de la SoGen y éste asintió con un gesto. Colmena puso sus manos sobre el metal vivo de la cápsula y le susurró dulces palabras. Luego pareció escuchar y repetir con su voz las palabras de un tercero: "Te elevaste sobre el plano de la eclíptica. ¿Y qué viste?". Hacía un sol de justicia y por la amplia frente de Precesin corrían gruesas líneas de sudor. Sin embargo, al ver lo que la niña estaba haciendo, sintió un escalofrío.

¿Eres capaz de comunicar a pesar de estar en coma inducido y de no tener conectado su implante?

Colmena volvió a sonreír. Su sonrisa era como la luna Tonutir, que desprendía su fulgor rojizo desde las alturas.

¿No debería poder, maestro? —repuso con falsa modestia.

Precesin miró a aquella niña humana recién admitida en la SoGen. No parecía mestiza. La había visto desnuda en el estanque ritual y no tenía escamas ni cola ni ningún atributo Loo. Y, pese a todo, había nacido de la unión de dos Loo hermafroditas venidos del reino del sur y capturados décadas atrás en batalla. Por desgracia, sus progenitores habían muerto en un desafortunado accidente durante la construc-



ción de la nave-krank y ahora la niña vivía con un padre adoptivo humano, pero nada de eso explicaba que un descendiente de dos de los suyos pudiera tener un aspecto completamente distinto a la natural biología Loo. Colmena era, por fuerza, una aberración o la prueba viviente de que su especie y el hombre estaban de alguna forma emparentadas.

—Tú puedes hacer lo que quieras, jovencita —dijo Precesin desconectando su implante y volviendo utilizar su verdadera voz. Al cabo, la niña se alejó amarrada de la cápsula de suspensión y Precesin mientras se alejaba, añadió—: todo lo que quieras.

3

El Kemit soñaba con cierta mañana, una mañana cristalina de hacía treinta años, en el oasis, un oasis, cualquier oasis de los que poblaban sus recuerdos; soñaba el Kemit con una mañana de risas y alboroto tras una larga caminata por el desierto Occidental. Allí estaba su tío, que le había criado tras morir sus progenitores; allí estaba su primo, y también muchos otros guerreros, amigos suyos, gente que había crecido a su lado. Antes de que aquellos puercos mestizos le capturasen y le convirtiesen en esclavo.

Un ruido le llevó lejos de los dulces caminos de la memoria. Se despertó sobresaltado. ¿Qué demonios? Uno, dos, tres golpes rápidos en el techo. Su esposa dormía a pierna suelta, soñando acaso con su propia juventud entre los Puros, en el hogar de los Kemit, de donde su rico esposo, una vez liberado del yugo de la esclavitud de Remolino, la había sacado para llevarla a una vida de opulencia en el Doble País, ese lugar lleno de puercos mestizos, de mentiras y de culpa.

Otra vez ese ruido. Se parecía a la señal acordada. Llevaba años esperando que no se produjera, deseando que se olvidaran de él. Casi había llegado a creerlo. ¡Maldita sea!

Hacía ya casi una década, su vida se había remansado en aquel recodo del Gran Río que los puercos llamaban Nejen. Como el mismo Gran Río, tras la crecida de la juventud, su avidez se había colmado y ahora, abstraído en la contemplación de las pequeñas cosas, la vaciedad de la existencia, por ejemplo, o la dicha de un caminar suave y sin prisas, no aspiraba más que a seguir disfrutando de su mal ganada fortuna, de su casa en el Barrio de Sobek, un lugar céntrico y populoso al que se había hecho casi sin darse cuenta... de sus dos esclavos, sus tres sirvientes y de una vida cómoda y regalada a la que se entregara casi con desánimo, pero con un desánimo tenaz y codicioso que no conseguía apartar de su lado y que pensaba defender con uñas y dientes de ser preciso.

Otra vez el ruido. Uno, dos, tres golpes rápidos en el techo. Se dio la vuelta en la cama.



Otra vez más.

Cerró los ojos un instante. Si intentaba olvidarse del asunto, aquella cosa, tal vez, se olvidara de él.

Un hueso de dátil se estrelló en su nuca, dos. Luego, al volverse, un tercero estalló en su mejilla. Su esposa seguía dormida.

—Hola, Kemit.

—Hola, Siptah.

—Vamos, amigo, nuestra ama nos requiere una última vez.

El Puro se irguió con sigilo, se puso lo primero que encontró y volvió la vista: su esposa estiraba los brazos en sueños, satisfecha de un lecho súbitamente más amplio.

Salió de la casa en la negra noche tras la estela de un ente translúcido, de lindes cambiantes, sinuosos como volutas, vestido de blanco y con el signo Maat pintado en la frente.

Aquellos malditos puercos mestizos.

4

Dos días después que la nave de Vértice regresara a Ity-tawy, aún cansado por las celebraciones y los excesos de los que gustan los cortesanos, Kamutef recibió en cargo del Rey Pleamar: se le esperaba en el Sublime Lugar para un asunto que no admitía demora.

El Rey Pleamar, pensó Kamutef algo divertido, y se imaginó a la aún hermosa Maatkare Pleamar con la barba masculina con que la había contemplado meses atrás en la última Fiesta del Valle.

Le esperaban en entrada principal, junto a la torre del Muro Oeste.

Se había dispuesto una silla de manos —a la vieja usanza, nada de esos caparzones volantes tripulados por un robot— y una escolta de siete infantes. Era un buen número y el Maestro de los Jardines se dejó llevar mansamente del palacio a las montañas occidentales, contemplando ensimismado cómo se levantaba ante ellos el gigantesco talud de ocre destellos cuya falda se disputaban los hombres en su búsqueda vana de inmortalidad. No en vano, allí estaban las tumbas reales, el puerto espacial y ahora, muy pronto, la maravilla arquitectónica que acababa de diseñar el Gran Arquitecto Neheb.

Pasaron de largo la muralla del recinto sin que apenas nadie reparase en ellos. Una sirvienta levantó la vista, un funcionario pasó a su lado en una silla de manos convencional que comandaba un androide de piel argentina, un guardia saludó brevemente a un miembro de su escolta. Kamutef dejó escapar un bostezo cuando el



primer campo de fuerza le dejó pasar al detectar su señal biológica.

Justo en la base de la primera de las rampas de la montaña occidental se detuvo el cortejo y el Maestro de los Jardines descendió de un salto. Un breve parterre de sicomoros flanqueaba la depresión a derecha y a izquierda y, según avanzaba, lo fue observando todo con ojo crítico.

Si él estuviera a cargo de aquel lugar, los árboles no tendrían ese aspecto tan apagado. Pero él no podía estar en todas partes.

El Sublime Lugar era el regalo de Neheb a su Señora. Lejos del colosalismo de sus predecesores, Neheb, ahora también Director de los Trabajos del Rey y Gran Arquitecto, había buscado la magnificencia en el paisaje y no en la roca labrada, en la superposición y en el equilibrio de una ascensión a través de suaves terrazas que parecían vivas, ondulando a los ojos del espectador.

—Aquí, Maestro.

El Rey Pleamar le esperaba junto a la base de la segunda rampa. Caminando lentamente, pasó entre dos pequeños estanques y nuevos parterres de sicomoros y palmeras. Las palmeras, pensó Kamutef, no estaban todo lo espléndidas y frondosas que deberían a aquellas alturas del año. Los jardineros del recinto debían ser hombres poco amantes de su trabajo, perros holgazanes y descuidados.

—Me alegra que hayáis podido venir tan pronto, Maestro. —Pleamar parecía buscar su aprobación con la mirada, lo cual le desconcertó.

—Mi deber es servirlos, Majestad —repuso, prudente.

Pleamar asintió.

—Venid, Maestro.

Caminando un paso tras su Rey, Kamutef ascendió una segunda rampa en pos de una nueva terraza. Contemplo a la masa de artesanos que comenzaban las escenas que un día serían la exaltación del maravilloso viaje de Vértice a la luna Tonutir: Escribas de los Contornos, Yeseros, Peones y Escultores trabajaban con denuedo. Más adelante, las capillas de Osiris y Hathor no llamaron su atención, poco interesada ya en los grandes dioses de la Tierra Mestiza que, estaba seguro, no dedicaban tampoco su tiempo a pensar en él. De esta forma, y con los años, había llegado a la conclusión de que su relación con las deidades quedaba saldada definitivamente.

—Oh, perdón.

Pleamar se había detenido y casi tropieza con ella. Miró al frente. Aquellas paredes estaban ya acabadas y representaban la Teogamia que ideó la vieja Constelación, el instante mágico en que el dios Oculto, transfigurado en el Rey Hapu, había puesto su simiente en la bella Solsticio para que concibiese una hembra especial, la primera de su especie, el/la que está unida a Amón-Re: *Ella será un día Rey y hará resplandecer los Nueve Arcos y el Doble País*, decía la inscripción.



Un ser destinado a trastocar el estado de las cosas.

—Hace un tiempo, Maestro, sostuvimos una larga conversación en los jardines — Pleamar juzgó conveniente terminar en ese punto los preámbulos y Kamutef lo agradeció—. Hablamos de amor, de parras y de si debemos o no estar en el sitio que nos ha sido destinado. Supongo que la recordaréis.

—Sin duda, mi Reina.

Ella inspiró profundamente, pero calló, dejando la ofensa sin contestación. Nadie en el Doble Palacio ni fuera de él se atrevía a llamar al Horus de aquella forma, recordándole su viejo cuerpo femenino, la fatuidad de su farsa.

—Siempre me he preguntado... ¿consiguieron las parras encaramarse al muro?

—Sí, se adaptaron bien y rápido. Mi tío no podía creerlo. Supongo que todo es posible y que vos teníais razón.

—No siempre la razón está de mi lado.

Kamutef la miró ceñudo. Supo que se refería a Remolino. Pleamar había pensado que la pasión que carcomía a su cortesana era verdadero amor, acaso la sombra del amor que la propia Pleamar estaba destinada a sentir por Neheb, y lo confundió con la gula, una gula lasciva de todo lo que parece no estar al alcance de la propia mano.

—Supongo que la razón no se queda en el mismo sitio demasiado tiempo, mi Señora.

Siguieron caminado, distraídos por el canto de una abubilla. Kamutef estuvo pensando en algo que quería salir de su boca y sabía que debería callar, pero alguna cosa desde el fondo de su ser le impulsaba desde niño a completar las cosas incompletas.

—Ese muro emparrado, mi reina... —dudó.

—¿Sí?

—El Primer Profeta de Amón-Re, vuestro tío, el príncipe Bakenkhonsu, por requerimiento del príncipe Menkhep, lo hizo demoler. Ahora ocupa su lugar una capilla en loor al todopoderoso Oculito.

La abubilla seguía cantando con su voz monótona envuelta en un caparazón de vivos colores... Rojo, negro y blanco.

—Entiendo.

—Y vos misma disteis vuestro consentimiento.

Pleamar inspiró profundamente. Aquel hombrecillo era capaz de recordarle su condición de mujer llamándole Reina y Señora, para luego dejar caer sin un pestañeo que, como las parras, ella sería demolida por los intereses de otros, de los hombres y sus alianzas de poder. Incluso insinuaba que ella misma terminaría aceptándolo. Y eso lo decía de forma simple, en pocas palabras. El amor de Kamutef por la verdad



hizo que el Rey recordase a alguien, y sintió un escalofrío.

—Eres igual que mi hermano... y esposo, Ajep. No creía en el engaño, y no soportaba más ficciones que las que cubren una hoja de papiro. Dejó escritos unos Anales, una breve historia de esta dinastía de Reyes que ha devuelto el esplendor a los egipcios, aunque sea en otro planeta. Me he atrevido, en su ausencia, de proseguir la narración de nuestras desdichas... Ajep era un visionario. A veces pienso que él podría haber sido mi mejor aliado.

—Y vos lo convertisteis en vuestro enemigo.

Pleamar inclinó la cabeza.

—Él amaba la verdad y, como tú, no sabía callarse.

—Al final calló.

Pleamar se revolvió en un instante, airada por algo que había creído entender.

—Ajep murió de muerte natural, aunque él pensaba que iban asesinarle. Pero debe ser falso. Por fuerza debe serlo. Nadie se atrevería a atentar contra la persona del Horus viviente.

Ni siquiera al loco de Kamutef se le pasó por la cabeza dar réplica a aquella nueva mixtificación.

—Por cierto que hoy hace un buen día magnífico, mi Reina. Mucho sol. La claridad lo domina todo con su luz —dijo Kamutef, cambiando de tema de una forma que, de tan manifiesta, sólo podía considerarse una impertinencia.

Por un extremo de la terraza apareció un nutrido grupo de porteadores conducidos por Neheb, que sonreía hasta la mueca y la contorsión, feliz en su mullido tránsito por el mejor de los mundos posibles.

—Con todos estos sobresaltos se me olvidó decirles el porqué de vuestra presencia en este sagrado lugar. —El Rey le había dado la espalda para contemplar las evoluciones de su amado—. Los árboles de Nlòplal, el tesoro máspreciado de la Tierra Mestiza, serán plantados en esta terraza.

Kamutef hizo una seña a uno de los porteadores, que dejó su carga en el suelo. En cada costal aguardaba una planta, arrancada de raíz en el lejano Tonutir. Las examinó una por una. Pese al largo viaje y el tiempo transcurrido, no morirían, su tallo luchaba por aferrarse a la vida. Una fuerza y determinación gigantescas se escondían tras su aspecto tosco y achaparrado. Tal vez formara parte del mismo milagro que permitía que de un árbol naciesen flores que podían crecer y transformarse en plantas acuáticas. Sin duda, aquello sólo podía ser obra de los Moribundos.

—¿Sobrevivirán tras el largo viaje? ¿Podrán trasplantarse sin problema? —Pleamar le miraba ansiosa.

—La mayor parte de ellos, seguramente; ahora mismo comenzaré la labor y...

—Lo haremos nosotros mismos. Vos debéis enseñarnos cómo hacerlo a mí y a mi esposo, el noble Neheb.

Mi esposo, había dicho. El Director de Todos los Trabajos del Rey arrugó la frente, estupefacto, incapaz de creer que Pleamar hubiera dicho frente a un extraño cosa semejante. En realidad, no recordaba habérselo oído ni en privado.

—El Maestro de los Jardines ama la verdad; tal vez respire más Armonía que todos mis sacerdotes juntos. En su presencia la Reina... —volvió a mirar el rostro sorprendido de su amante—, la Reina, decía, no se cansará escondiéndose tras artificiosas palabras.

Neheb les hizo a ambos una reverencia y se alejó buscando al resto de porteadores y a los nobles invitados que asistirían a la plantación. Removía la cabeza, como si pensase que los efluvios malolientes de aquellas plantas malditas le hubiesen nublado al Soberano del Doble País momentáneamente el entendimiento.

4

El Kemit casi temblaba de dicha ante la idea de segar la vida de Bata, el infame traidor a su raza. En ocasiones, cuando unas cuantas jarras de cerveza fuerte le hacían ver con más claridad, caía en la cuenta que Bata era, como él mismo, un hijo del desierto al que el tiempo había convertido en egipcio, en un maldito y puerco mestizo, justo lo que más odiaba en este mundo.

Pero no, un Kemit no podía tener nada en común con un hombre como Bata.

Bata era el asistente personal de Vértice. Ahora que el bravo descubridor de la luna Tonutir acababa de abandonar su hogar conyugal, Bata se había instalado con su amo en un palacio a las afueras de Ity-tawy, en una cámara contigua, para estar a su disposición las veinticuatro horas del día. El Kemit ignoraba las razones que habían impulsado a Vértice a tomar aquella decisión, pero no le importaban.

Bata era un Mashauash, un Puro feo y sin casta, un imbécil de sangre aguada, hijo de un pueblo débil y sin arrestos para gobernar su propio destino. Nada que ver con los Puros Kemit, naturalmente. Pero a ojos de esos puercos mestizos todos los Puros eran iguales, y no sabían diferenciar a uno del otro, pues ellos a fuerza de mezclar sangre humana y Loo, eran ahora seres casi equidistantes entre una y otra raza, una suerte de engendros demoníacos que con la palabra mestizo no quedaban suficientemente matizados.

La idea fue de Remolino, claro. Estaba furiosa y alguien debía pagar los platos rotos. Siptah le explicó que hacerse pasar por Bata y acabar con la vida del Loo traidor, no debería costarle demasiado, que lo haría él mismo si no fuera por que estaba viejo ya incluso para un espectro y que, cumplida la misión, Remolino se olvidaría para



siempre de la deuda de gratitud que les unía y le dejaría ir en paz.

Pero el Kemit no tenía ninguna deuda de gratitud con la aquella maldita mestiza y, luego de despedirse del fantasma del mago, se volvió a su casa y a su lecho, donde su mujer aún dormía.

Dos días después, sin embargo, sus pasos le llevaron a las afueras de la ciudad, y se sorprendió a sí mismo espiando el palacio de Vértice y a su asistente, Bata, el libro Mashauash. El Doble País es un lugar que llama a la intriga y al crimen. Se apoderan de tu alma y ya nunca más eres libre.

Pronto descubrió que las cosas no eran tan fáciles como parecían a primera vista. Los muros estaban bien defendidos y Bata resultó ser un individuo astuto y pusilánime que no salía casi nunca de la mansión, y si lo hacía era custodiado por dos o más guardias, como si temiese entrar en contacto con la chusma del puerto.

Al Kemit, todas aquellas dificultades le dieron coraje para cumplir su cometido. Si hubiese sido algo fácil no lo hubiera hecho, o tal vez sí, es difícil saberlo; pero algo como aquello, algo que requiriese toda su atención y destreza... No dejaría pasar la oportunidad de demostrar que él era un cazador, un hijo del oasis y del desierto.

Todo hombre tiene sus debilidades y la de Bata eran las mujeres. Aunque tenía una mujer de su raza y dos hijas que vivían con él en la mansión de Vértice; aunque era un funcionario de renombre y bien reconocido; aunque el trabajo le absorbía, en su corazón siempre había un destello cuando se encontraba con una noble dama vestida con el lino más fino. Como buen hijo de la ciénaga, rescatado por la magnanimidad de los mestizos, le perdía la idea de poseer una mujer nacida en la Tierra Mestiza, una hermosa Loo de piel carmesí y muslos húmedos. El Kemit lo vio en sus ojos y bufó asqueado: aquel hombre habría deseado nacer mestizo; deshonoraba a su propia raza sólo con existir. Pero pronto dejaría de insultar a los suyos.

Eligió a Cónica entre otras muchas después de una apresurada selección, en ocasiones guiada por el azar. Un ansia nueva le consumía, y no veía la hora en que el alma del traidor Bata cayera en sus manos.

La dama Cónica vivía cerca del Castillo Occidental de Amón-Re, en uno de esos barrios periféricos que los mestizos hacen aparecer de cualquier parte cuando no les queda espacio para tanto hijo del río. Eran un barrio ridículo, de casas de adobe de una sola planta, mal acabadas y peor conservadas, pero que, por su situación, no era malo del todo a ojos de los especuladores inmobiliarios y las gentes con ganas de aparentar.

No muy lejos crecían las factorías Loo y las calles bullían de androides especializados, cabezas de Krank que realizaban todas las tareas onerosas que los hijos del río no deseaban hacer. El Kemit habría dado hasta dinero por no residir en aquel sector de la ciudad, pero bueno, los mestizos eran así de estúpidos, y la peor de ellos,



esa tal dama Cónica.

Ella era la hija única de un rico comerciante que, tras su muerte, había demostrado no ser tan rico. Recientemente viuda y con más deudas que otra cosa, se había trasladado a aquel barrio con aires de grandeza y de gran señora que la desgracia había abocado a aquel lugar, pero del que saldría pronto, pues los dioses siempre se apiadan de los justos. Los sacerdotes del Oculto, que se llevaban en dádivas buena parte de la pensión que le había quedado a la muchacha tras liquidar los bienes del padre, así se lo aseguraban un día sí y otro también.

Acaso el Kemit la eligió porque aquella ramera era alguien fácil de odiar, al que no le importaría hacerse cruzar con su daga, llegado el momento.

El niño se llamaba Tuti y tenía siete años. El hijo de Cónica no parecía mal muchacho, correteando siempre de aquí para allá con sus tablillas y sus plumierres, pero el mundo es imperfecto y siempre acaban pagando los que no lo merecen.

Derribó en plena calle a la nodriza del pequeño y se llevó a Tuti al hombro como si fuese un fardo. Oyó gritos a su espalda, pero nadie hizo nada para detenerle. Después de todo, estaban en Ity-tawy, donde todo el mundo se preocupa de sus propios asuntos. Tuti pataleaba extrañado y confuso; no dijo nada hasta que llegaron a una casa que había alquilado junto a la dársena y lo arrojó de bruces en una habitación.

—Señor, por favor...

El Kemit le cerró la puerta en las narices. Al marchar, dejó al niño sollozando.

El sol se alzaba glorioso la mañana de aquel día. El Kemit caminaba por la calle silbando una tonadilla de ésas que se oyen por el puerto. Encontró la casa de Cónica y avanzó resueltamente entre dos vacas que pastaban y un corro de niños que, puestos en cuclillas, esperaban que sus rivales saltaran sobre ellos. El juego del cabrito.

En la mansión aún no habían avisado a la policía. La nodriza gemía junto al estanque con Cónica frente a ella aguijoneándola con todas las preguntas imaginables. El Kemit entró en el jardín y se encaminó hacia las señoras.

—¡Es él! —gritó la nodriza, reconociéndole.

Los servidores del jardín acudieron entonces empuñando sus azadones con gesto amenazante. El Kemit se acercó a la señora y le habló al oído:

—Si queréis volver a ver a vuestro hijo os aconsejo que hablemos a solas, en la casa.

—Todo está bien —dijo Cónica, aplacando a su servidumbre—; este señor y yo vamos al despacho. Que nadie nos moleste.



Allí le habló de Bata y de la misión que se le requería si deseaba que el pequeño conservase la vida: debía quedar a solas con el infame Mashauash en una pensión convenida y sin la escolta que acompañaba siempre al libio traidor. Cónica exigió a cambio saber algo de su hijo y el Kemit le prometió traerle una tablilla cada dos días. Le hizo entender a la afligida madre que eran varios sus asociados en aquella aventura y que si alguien le seguía o le apresaban, la muerte del niño sería particularmente sangrienta y dolorosa.

—No le hagáis daño a mi pequeño Tuti, os lo pido. —Cónica lloraba.

Antes de irse tomó a Cónica por la fuerza. Quería saber qué era eso que Bata aprendería a codiciar y que le llevaría a la muerte. Le pareció un premio exiguo para un pago tan cuantioso.

(Continuará...)

© Javier Cosnava

COSNAVA (Hospitalet de Llobregat, 1971), escritor y guionista. A finales de 2006 comienza la colaboración con el dibujante TONI CARBOS y suman 20 premios de cómic en apenas año y medio antes de publicar en 2008 su primera obra juntos: *Mi Heroína* (Ed. Dibbuks). Otras obras de COSNAVA son el álbum de cómic: *Un buen hombre* (Ed. Glenat, 2009); su primera novela: *De los demonios de la mente* (Ilarion, 2009); el álbum de cómic *Prisionero en Maut-hausen*, (Ed. De Ponent, 2011); la novela de corte fantástico: *Diario de una adolescente del Futuro* (Ilarion, 2010). Y recientemente la novela *1936Z La Guerra Civil Zombi* en Suma de Letras, que es un éxito rotundo.



ARTÍCULOS

EL RELOJ MECÁNICO

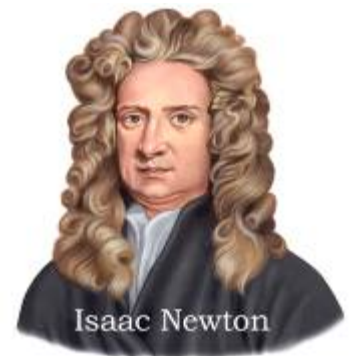
por Omar Ernesto Vega

Hubo un tiempo en el que la gente pensaba que el mundo funcionaba como un reloj mecánico y que su evolución era totalmente predecible gracias a las fórmulas de la física de Newton, que serían una bola de cristal para vaticinar el futuro. Esa idea se vino abajo en el siglo veinte y aquí veremos que pasó.

Predecir es muy difícil, sobre todo el futuro.

Mark Twain

Los científicos tienen un especial carisma y la gente cree en ellos como si fueran sacerdotes de un culto sagrado. Considerados infalibles monopolizadores de la verdad, cuando se equivocan el impacto en el público es devastador. Desde que **Isaac Newton** (1642-1727) desarrolló la física moderna se empezó a pensar que la única vía al conocimiento era la ciencia, y sólo en la ciencia, y que gracias a ella un día llegaríamos a saberlo todo. El propio **Newton** no compartía tal idea, pues conocía las limitaciones de sus descubrimientos, y así lo declaró con modestia.



Isaac Newton

No sé lo que pareceré a los ojos del mundo, pero a los míos es como si hubiese sido un muchacho que juega en la orilla del mar y se divierte de tanto en tanto encontrando un guijarro más pulido o una concha más hermosa, mientras el inmenso océano de la verdad se extendía, inexplorado frente a mí.

Isaac Newton

Pero los herederos intelectuales de Newton no pensaron igual, y no fueron tan modestos en juzgar el poder de la ciencia y la fuerza de la razón.

Cuando a mediados del segundo milenio la ciencia renace, **Copérnico** pone al Sol en su lugar, pero su teoría carecía de la matemática adecuada, por lo que se debió esperar a **Kepler**

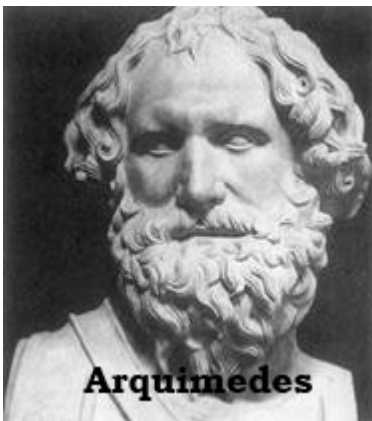


Kepler



para poner orden, pues fueron sus famosas *Tres Leyes* las que finalmente lanzaron al basurero al modelo geocéntrico de **Ptolomeo**. Entretanto, **Galileo Galilei** pondría a **Aristóteles** en su lugar al descubrir las leyes del movimiento uniformemente acelerado de los cuerpos en caída libre. De acuerdo a los antiguos la caída se debía al peso de los objetos, pero **Galileo** descubrió que ésta dependía sólo de la aceleración de gravedad y que el peso no tenía relación con el movimiento, lo que demostró lanzando objetos desde la torre de Pisa.

La leyenda puso a **Galileo** como el paradigma de la lucha entre la ciencia y la religión, entre la racionalidad y la fe; sin embargo, los hechos no son tan simples. Por ejemplo, se sabe que fue inspirado por los escritos sobre el movimiento uniformemente acelerado del escolástico religioso español, y experto en **Aristóteles**, **Domingo de Soto** (1494-1560). ¡El Diablo vendiendo cruces!, diría mi abuela, al enterarse de que un sacerdote inspiró a un moro. Como sea, con la destrucción de las ideas de **Aristóteles** y **Ptolomeo** abrió el camino para una nueva física.



Poco después, **Isaac Newton** encontró su destino de un manzanazo en la cabeza. **Newton** era un estudiante en Cambridge, donde estaba al tanto de la emergente matemática del cálculo diferencial e integral, que en ese tiempo estaba siendo fundada, entre otros, nada menos que por su profesor **Isaac Barrow**. **Newton** fue un genio, quizás el más grande desde **Arquimedes**, y como tal fue capaz de unificar bajo un solo modelo matemático las leyes de **Kepler** con la gravedad de **Galileo**. Y como sabe cualquier estudiante de física o ingeniería, fue él quién desarrolló el aparato matemático de la física moderna, llamado cálculo infinitesimal, que su propio profesor ayudó a fundar.

Gracias al trabajo de **Newton**, muy pronto todo el mundo estaba usando el cálculo infinitesimal para derivar nuevas ecuaciones físicas que describían los choques y caídas de los cuerpos, las trayectorias de las balas de cañón y el movimiento de los planetas. Aparecieron nuevos modelos de estática, hidráulica, aerodinámica, óptica y electromagnetismo, que explicaban numerosos fenómenos y que hicieron avanzar las ciencias y técnicas a pasos agigantados. Era el comienzo de la era del progreso.

En el modelo de **Newton**, todo el universo está hecho de partículas que interactúan por fuerzas que actúan a la distancia, siendo la gravedad la primera de aquellas fuerzas que fue descrita por ecuaciones. Si creemos a **Newton**, el mundo funcionaría como un inmenso reloj mecánico en el cual todo está predeterminado por las condiciones iniciales, y cuya evolución en el tiempo es descrita por las ecuaciones de la mecánica.

Vale decir, si conociéramos las condiciones iniciales del universo sería posible seguir su evolución desde el principio hasta el fin de los tiempos. Si así fuera, las ecuaciones de la física nos servirían de carta astral, para predecir el futuro. El devenir



histórico y el transcurso de nuestras propias vidas estarían predeterminados hasta el último detalle, y el libre albedrío sería nada más que una ilusión. En este esquema los humanos seríamos robots siguiendo una programación ineludible.



Auguste Comte

Por ironía del destino resultó que la física de **Newton**, que fuera herramienta central en la ilustración para la destrucción de la superstición, llegó a ser un instrumento astrológico para predecir el futuro. Que las ecuaciones de la física se convirtieron en el más sagrado de los oráculos se ve claramente en la pseudo-religión del Positivismo, cuyo líder fue **Auguste Comte** (1798-1857). Aquel movimiento intelectual creía firmemente que la ciencia reemplazaría la religión, y que la fe en el progreso acabaría con la superstición, y todavía podemos ver sus ideas en lugares tan inesperados como en el lema *Orden y Progreso* de la bandera de Brasil. Paradójicamente, buscando la iluminación racional la ciencia se convirtió en aquello que pretendía reemplazar, en una fe.

El mayor proponente del universo predecible por las ecuaciones de la física fue **Pierre-Simon Laplace**, un genio a la manera de **Newton**, quien hizo muchas contribuciones a la alta matemática. En 1814 **Laplace** desarrolló un experimento mental, conocido como el *Demonio de Laplace*, que dejó intrigados a sus contemporáneos, y que hoy se revela como sólo un sueño inalcanzable. **Laplace** dijo:

Podemos considerar el presente estado del universo como el efecto de su pasado y la causa de su futuro. Un intelecto que en un cierto momento conociera todas las fuerzas que hacen mover a la naturaleza, y todos los ítemes de los cuales se compone la naturaleza. Si este intelecto fuera lo suficientemente vasto para analizar todo estos datos, podría abarcar en una sola fórmula los movimientos de los más grandes cuerpos del universo y aquellos del átomo más pequeño; para tal intelecto nada sería incierto y tanto el futuro como el pasado estarían presentes ante sus ojos.

Pierre-Simon Laplace

Éste fue el sueño de la física de **Newton**, **Laplace** y **Einstein**, de comprender el universo y su historia a través de fórmulas. Un sueño codificado en principios tales como el *determinismo*, que clama que todo lo que pasa en el mundo está predeterminado por las condiciones iniciales del universo, y en su principio complementario y hermano el *reduccionismo*, que pretende que todo sistema es comprensible si analizamos sus partes por separado. Llevado al extremo, el reduccionismo enseña que la psicología se deduce de la química, ya que el cuerpo humano está hecho de elementos químicos, o que la programación de computadoras viene del estudio de los circuitos de transistores.

Estas ideas todavía son parte del sueño científico que se manifiesta con claridad cuando los físicos hablan de su *Teoría del Todo*: el mítico Santo Grial de la física contemporánea. Esta teoría ideal explicaría la naturaleza en su totalidad, desde el co-



mienzo al fin del universo y desde lo microscópico hasta los espacios infinitos. Con la *Teoría del Todo*, podríamos comprender, y valga la redundancia, absolutamente todo, pues en ella estaría codificada la química, la genética, el clima, la informática, la biología e incluso la teoría de la consciencia. Bastaría entonces con codificar esta gran teoría, y pasarla por una computadora lo suficiente poderosa, para conocer las respuestas a todas las preguntas posibles. La ciencia habría cumplido su objetivo y los físicos quedarían sin trabajo, pues ya no habría cosa ignorada.

La ciencia se reduciría a consultar un oráculo electrónico al estilo de *Multivac*, el computador de dimensiones planetarias de los cuentos de **Isaac Asimov**, que usaba obsoletos relés y válvulas de vacío, pero que era capaz de contestar cualquier pregunta posible. Las preguntas eran perforadas en tarjetas de cartón e introducidas en una hendidura, y las respuestas salían por el otro lado en una nueva tarjeta. Este lindo sueño se tornó en una de las desilusiones más grandes de los últimos tiempos.

Fue **Pascal** (1623-1662), un contemporáneo de **Galileo**, quien inventó el cálculo de probabilidades, y quien abrió el camino para la destrucción del *determinismo*. Las probabilidades se basan en observaciones prácticas de la vida diaria. Imaginemos, por ejemplo, que queremos predecir cuál es la probabilidad de que una moneda lanzada al aire caiga cara, y cuál es la de que un dado nos dé un seis. Si lo intentáramos usando la física de **Newton** sería una tarea ardua y sin muchas expectativas de éxito. Tendríamos que considerar la fuerza del pulgar, la trayectoria, el roce del aire, la forma en cómo la moneda cae en la mesa, las características físicas de la moneda, etc. No sólo requeriríamos de una enorme cantidad de fórmulas sino que también deberíamos disponer de un impresionante poder de cálculo, compuesto de red de supercomputadoras de la más alta tecnología, para procesar esta situación hasta el menor detalle, y aún así una pequeña variación en la altura de la mano, en la posición de la moneda al ser lanzada al aire, o en la fuerza del impacto al caer al suelo, alteraría fácilmente el resultado. Los mismos problemas tendríamos si tratamos de pronosticar cuál cara saldrá al lanzar un dado. Es claro que usando la física determinista de **Newton** el problema del azar es intratable.



Sin embargo, para el cálculo de probabilidades la respuesta es muy simple: si se lanza una moneda al aire un gran número de veces, la mitad de las veces será cara y la otra mitad sello. Y con respecto a dado, la probabilidad de que salga seis es simplemente una de cada seis veces. Basados en el cálculo de probabilidades, y en su *ley de los grandes números*, los casinos podían ahora calcular cuan probable es que ganaran dinero en los juegos de azar. A partir de eso, pudieron diseñar juegos que aun cuando hicieran ganar a algunos clientes de vez en cuando, en promedio, el gran ganador sería siempre el propio casino. La prosperidad de esta industria demuestra cuan certero es el cálculo de probabilidades.



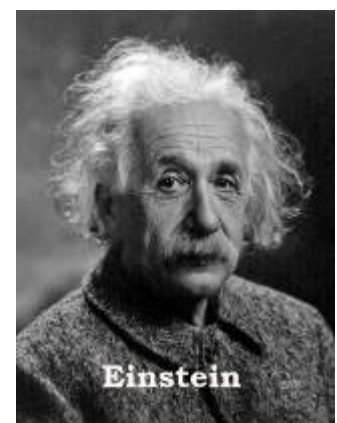
Pero a pesar de esta invención, la ciencia siguió pensando que las probabilidades no tenían nada que ver con la física, sino que eran sólo un artificio para simplificar cálculos complejos que en principio sí se podrían hacer. El sueño de **Laplace** y su demonio seguían en pie, y **Einstein** lo dijo en forma muy clara cuando declaró que *Dios no juega a los dados con el universo*.



De acuerdo al paradigma científico de aquel tiempo todo debía ser cuantificable o medible. Se medía el tamaño de los objetos, su peso, su velocidad, su densidad, etc., y con esa información se alimentaban las fórmulas que daban como resultado predicciones. La medición de las condiciones iniciales era vital para que el reloj astrológico newtoniano funcionara, y nadie había reparado en el problema de obtenerlas hasta que llegó otro genio legendario, **Carl Gauss** (1777-1855). Éste se dio cuenta de que en el proceso de medir siempre se comete un error ineludible, y con esa idea desarrolló la *teoría de errores*, de amplia utilización en estadísticas y en la industria mecánica. Para ello, **Gauss** formuló la *distribución normal*, que es una de las herramientas básicas de la ciencia.

Otro ataque al paradigma del reloj astrológico vino de un área de investigación en el centro de la física, el estudio del calor. Los físicos sospechaban que el calor era proporcional al movimiento de los átomos de un cuerpo, y para entenderlo se debía pasar de las ecuaciones del movimiento de partículas a las interacciones de un gran número de ellas. Pronto quedó claro que la manera de extraer conclusiones generales de tales interacciones era recurrir al cálculo probabilidades, y el encargado de hacerlo fue **Ludwig Boltzmann** (1844-1906) quien desarrolló la mecánica estadística, llegó a conclusiones sobre el equilibrio de los gases y creó la fórmula de la entropía.

A pesar de que el azar ya había incursionado en el corazón de la física, de la mano de la teoría de la medición y de la termodinámica, todavía el determinismo reinaba sin oposición en el pensamiento de los físicos. Sin embargo, a principios del siglo XX la ciencia fue sacudida por dos grandes revoluciones que la cambiaron drásticamente. La primera de ellas fue la *Teoría de la Relatividad*, que acabó entre otros con los conceptos de tiempo universal, de espacio absoluto y de la existencia de fuerzas que actúan a la distancia. No obstante lo radical de sus ideas, la relatividad fue generosa con el determinismo, y sólo cambiaban las fórmulas. Con **Einstein**, el sueño del reloj astrológico seguía en pie.



Sin embargo, en la tercera década del siglo XX, los científicos que trabajaron arduamente para develar los misterios del átomo, formularon una nueva matemática para modelar los nuevos descubrimientos. En el proceso crearon la *Mecánica Cuántica*, y con ella se derrumbaron muchos de los mitos científicos que se mantenían en



pie desde **Newton** y mandaron al tarro de la basura al determinismo y a su sueño de que el universo era un reloj mecánico.

La *Mecánica Cuántica* se plantea que no se puede conocer, en forma simultánea, la posición y la velocidad de las partículas subatómicas. Vale decir, mientras más precisa sea nuestra medición de la velocidad, más incierta será la de la posición, y viceversa. Éste es el llamado *Principio de Indeterminación de Heisenberg*, el cual puso una lápida a la pretensión de medir las condiciones iniciales con infinita precisión, y amenazó seriamente al determinismo, pues prohibió al *Demonio de Laplace* el acceso a los valores de las condiciones iniciales del universo.

Otro de los objetos de la Mecánica Cuántica es *la ecuación de Schrodinger*, la cual describe la probabilidad de que una partícula esté en una determinada posición. Esta ecuación es dependiente del tiempo, por lo que permite proyectar hacia el futuro cuáles distribuciones de probabilidad existirán más adelante. Con esto quedaba salvado, en principio, el tambaleante determinismo, ya que si bien no era posible predecir con precisión la posición de una partícula simultáneamente con su velocidad, sí era posible seguir la evolución de sus posiciones más probables hacia el futuro.

En honor a la verdad, el determinismo fue salvado sólo en principio, pues las ecuaciones de la Mecánica Cuántica son tan complejas que, en la práctica, para proyectar hacia el futuro la evolución de las partículas más simples, aún por sólo un instante de tiempo, se requiere no sólo del poder de las mejores supercomputadoras de hoy sino también del auxilio de las míticas computadoras cuánticas, que todavía no se construyen. No obstante todos los golpes anteriores, los físicos seguían teniendo fe en las características predictivas de sus fórmulas, algo en que no creían algunos rebeldes.



Henry Poincaré

Henry Poincaré fue un genio del siglo XIX que anticipó muchas áreas de la física, incluyendo la teoría de la relatividad. Estudiando las ecuaciones del problema de los tres cuerpos, clásico de la astronomía, **Poincaré** se dio cuenta de que los resultados eran muy sensibles a las condiciones iniciales, y predijo que ese tipo de sensibilidad podría ser común en meteorología. Sin embargo, por alguna razón, ni **Poincaré** ni el resto de los científicos siguieron esa veta de investigación, y tales ideas quedaron olvidadas por décadas, y sólo volvieron a aparecer a mediados del siglo XX. En 1952 el famoso autor de *Crónicas Marcianas*, **Ray Bradbury**, escribió un cuento llamado *El sonido del trueno* que fue premonitorio pues en él se describe por vez primera el *efecto mariposa*, que es parte central de la *teoría del Caos*. En el cuento, un grupo de expedicionarios viaja al pasado a cazar dinosaurios y uno de ellos casualmente pisa una mariposa, con lo cual cambia la evolución humana futura.

En meteorología se dice que el aleteo de una mariposa en América puede desencadenar, meses después, una tormenta en China, y fue precisamente en esa ciencia



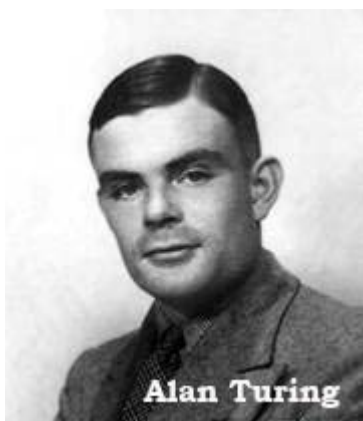
donde se dio el siguiente paso. En 1961 un meteorólogo del MIT, **Edward Lorenz**, estaba estudiando la predicción del clima usando un computador para correr sus ecuaciones meteorológicas, cuando se dio cuenta que éstas eran muy sensibles al número de decimales de las condiciones iniciales. Cambiando una minúscula fracción de esos números el clima divergía completamente, pasando de ser una suave brisa de verano a un huracán. **Lorenz** había descubierto el caos, que son aquellos sistemas que, no obstante estar bien definidos desde el punto de vista físico, son completamente impredecibles, y entre estos se encontraba el clima. El efecto mariposa, predicho por **Bradbury** en su cuento, era real.



Esto hubiera sido suficiente para convencer a cualquiera de las limitadas capacidades predictivas de las ecuaciones de la física, y que el determinismo había sido un sueño. Pero en el siglo XX se descubrieron otros resultados negativos que le restaban aún más credibilidad al sueño del reloj astrológico. Estos últimos descubrimientos se hicieron en matemáticas, particularmente en el estudio de los sistemas formales. Y fueron importantes para el mundo real, pues las ecuaciones que se usan en la física también son sistemas formales. En 1930 **Kurt Gödel** formuló un famoso *Teorema de la Incompletitud*, que puso un límite a lo que se puede hacer con los sistemas formales:

En cualquier formalización consistente de las matemáticas que sea lo bastante fuerte para definir el concepto de números naturales, se puede construir dentro de ese sistema una afirmación que «ni se puede demostrar ni se puede refutar».

Teorema de Gödel



Vale decir, que ningún sistema formal, llámese la geometría, el cálculo, o las ecuaciones de la física, podrá demostrar jamás toda la verdad. Otra forma de expresar lo mismo la planteó el científico **Alan Turing**, creador del modelo abstracto de los computadores digitales modernos, llamado *máquina de Turing*, y quien también construyó computadores para descifrar los códigos de guerra alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Todo computador digital moderno funciona de manera equivalente a una máquina de **Turing**. Ahora bien, **Turing** demostró que no hay forma de programar una máquina de **Turing** para que se dé cuenta por sí misma de si está o no en un ciclo infinito. Vale decir, una máquina de **Turing** puede comenzar a procesar datos, y por un error en la programación, o por una situación imprevista, puede continuar el procesamiento sin llegar jamás a obtener el resultado. La próxima vez que un programa pierda el control en su PC y deba reiniciarlo se dará cuenta de que **Turing** tenía razón.

He aquí un extraordinario problema. Los cientos de millones de computadoras que corren en el mundo hoy, y que manejan todo, desde el tráfico aéreo a nuestras cuentas bancarias... ¡son impredecibles! En la práctica se dan condiciones donde los computadores siguen trabajando en un problema durante horas, o días, y jamás se «dan cuenta» de que están repitiendo lo mismo una y otra vez, de que han perdido el control, y de que siguen encerradas en un ciclo sin fin y carente de sentido. Éste es otro de aquellos problemas insolubles del siglo XX con los cuales chocó la ciencia de cabeza.

¿Qué sacamos de todo esto? ¿Puede la ciencia predecir el futuro? La respuesta es que no lo puede hacer. Al menos, no en el sentido del *Demonio de Laplace*, que podía calcular todo el devenir histórico, desde el principio hasta el fin de los tiempos. Ese sueño ha muerto.

Sin embargo, todavía el cálculo de probabilidades, las proyecciones de tendencias y estudio de escenarios posibles, pueden ayudarnos a pronosticar el porvenir, si bien debemos usarlos con mesura y modestia. Por supuesto que no podemos predecir eventos aleatorios o catastróficos, tales como grandes terremotos, ataques terroristas espectaculares o el número que ganará la lotería, pero sí podemos proyectar los cambios con cierto grado de éxito.

Es hora de dejar las teorías de la física, y de pasar a estudiar a quienes han intuido el futuro, y cómo lo han hecho. Hasta ahora sabemos que los métodos de predicción esotéricos son poco confiables, pero aún así hay ejemplos notables de predicciones certeras. Analizándolas podríamos aprender algo sobre la manera de predecir el futuro.

© Omar Ernesto Vega

OMAR ERNESTO VEGA es un ensayista y narrador chileno, autor de los ensayos *El Futuro Imaginado* (2012), *Mensajes Ocultos del Cine Fantástico* (2013) y de la novela *El secreto de Rings* (2010). Es ingeniero en computación, trabaja en redes de comunicaciones y es profesor universitario. Ha publicado varios cuentos y artículos en inglés y español en medios de Internet. Entre ellos: Alfa Eridiani, Tau Zero, Sitio de Ciencia Ficción, Bewildering Stories y Strange Horizons. Vive con su familia en Santiago de Chile.



LAS FUENTES DE LA SAGA DE LOS AZNAR

por Mario Moreno Cortina

En este ensayo, Mario Moreno Cortina comparte con nosotros cómo dio cauce a una obsesión de juventud que le llevó a una de las tareas más difíciles que un investigador puede realizar en cualquier campo del conocimiento: la búsqueda de las fuentes en las que abrevó el autor en estudio. Así, Mario nos cuenta la aventura en la que se embarcó para conocer los escritores y las obras que influyeron en Pascual Enguídanos, alias George H. White, al concebir el universo de la saga de los Aznar.

Descubrí la auténtica personalidad que se ocultaba detrás del pseudónimo anglosajón **George H. White** gracias a un artículo de **Enrique Martínez Peñaranda**¹. Yo había leído la Saga completa varias veces –en realidad lo hacía todos los veranos– y vivía con la perpetua insatisfacción de no poder saber nada más de aquel misterioso autor. Para los jóvenes que se han criado en la época de Internet resulta difícil comprender el aislamiento informativo al que estaba sometido un chico de doce años de familia obrera. Nadie en mi entorno, excepto mi padre, había oído hablar jamás de la *Saga de los Aznar* ni de su autor. Mis pobres intentos de indagar entre los puestos del Rastro de Cascorro solo dieron como resultado respuestas del estilo: «hijo, eso es una cosa muy vieja, no vas a encontrar nada». Por ello, cuando llegó a mis manos un ejemplar de segunda mano del número 61 de Nueva Dimensión, lo tomé con el mismo ánimo que supongo embargaba a Carter cuando se asomó a la tumba de Tutankamon y lo *devoré* de principio a final.



Entonces no era consciente, pero ese fue el inicio de una búsqueda de años, una auténtica investigación personal que, lógicamente, experimentó un auténtico acelerón con la llegada de Internet y la posibilidad de contactar con otros aficionados. Incluyendo, por cierto, al propio **Martínez Peñaranda**. Tras algunas pesquisas, logré contactar con **Pascual Enguídanos** y sostuve algunas conversaciones telefónicas con él. Mi entusiasmo veinteañero me empujó a intentar contactar con **Juan Puerto** e interesarme por *El gran miedo* y *Escuadrón Delta*, los dos manuscritos perdidos que continuaban la serie, con los resultados negativos que se pueden imaginar². En 2003

¹ **Martínez Peñaranda, Enrique**. *Hazañas de la familia Aznar. Una odisea espacial en los años cincuenta*, Nueva dimensión, 61. 1974.

² Para una narración algo más pormenorizada de mi patético gambito: **Moreno Cortina, Mario**. *George H. White (Pascual Enguídanos Usach), el hombre que reinventó la ciencia ficción*, en *La ciencia ficción española*, 2002.



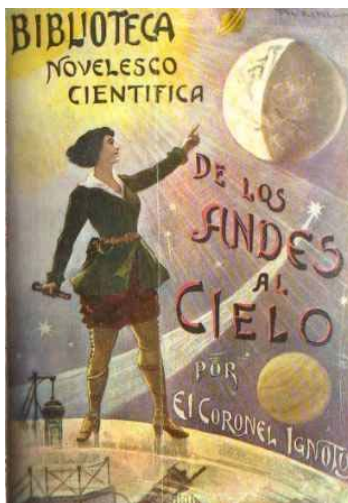
me hice cargo de la Edición del Cincuentenario de la Saga para la Editorial Silente y acometí una relectura crítica de las novelas que me llevó a interesarme por diversas cuestiones externas relativas al proceso de creación de la serie.

La pregunta básica era «¿de dónde sacaba **Pascual Enguídanos** sus ideas?» Cuáles eran sus fuentes? En realidad, eso es lo que se pregunta todo aficionado a una obra de ficción y es una pregunta que no siempre es fácil de contestar, por simple que pueda parecer. En primer lugar, la creación de una novela es un proceso complejo en el que entran en juego diversos factores y que no es susceptible una *ingeniería inversa* que nos permita separarlos y colocarlos sobre la mesa para estudiarlos. En segundo lugar, los autores son reacios a hablar de sus fuentes. Las leyes modernas han convertido la Propiedad Intelectual en un bien material más cuya posesión es necesario demostrar, de modo que se ha llegado a formar la idea –falsa y además nociva para la Literatura– de la creación *ex nihilo* y la exclusividad de las ideas. Si un autor clásico adquiría prestigio al escoger modelos respetados, un autor moderno se expone, no ya al escarnio, sino incluso a la demanda legal.

Dejamos esta cuestión aquí, sobre la que podríamos escribir un libro de considerable grosor y volvemos a **Enguídanos**. En el caso del escritor valenciano, junto a la reticencia del autor moderno ya mencionada, se sumaban dos factores: un carácter sumamente reservado y hasta un poco gruñón y el hecho insalvable de que hacía veinte años que había terminado la *Saga de los Aznar*.

Por lo tanto, salvo algunas breves notas extraídas de las pocas entrevistas que concedió a lo largo de su vida, el resto de lo que hemos inferido los aficionados no puede calificarse más que de especulación más o menos razonada y fundada.

Hablábamos antes de «breves notas» y deberíamos haber dicho «muy breves notas». En una entrevista concedida por el autor en 1993 a **Javier Redal** y **Andrés Rodrigo** y publicada en el desaparecido fanzine Gandiva, **Enguídanos** reconoció su deuda con el **Coronel Ignotus** y el *Flash Gordon* de **Alex Raymond**.



José de Elola y Gutiérrez (1859-1933), militar nacido en Alcalá de Henares, es quizá el primer escritor español de Ciencia Ficción que puede ser considerado como tal. Bajo el seudónimo de *Coronel Ignotus* –que es el que da el nombre a los premios concedidos por la AEFCFT– publicó una serie de novelas que se inician con *De los Andes al cielo* y que abarcó diecisiete números³. La historia da inicio en el siglo XXII, cuando el «Instituto de Viajes Interplanetarios» premia el invento de la ingeniera aragonesa María Josefa Bureba (Mari Pepa para los amigos) y le concede fondos para cons-

³ Para más información sobre **José de Elola** y su obra, es imprescindible el artículo de **Augusto Uribe**: <http://www.augustouribe.com/ignotus.htm>



truir una nave espacial y viajar al planeta Venus.

Pascual Enguídanos reconoce haber tomado los términos «orbimotor» y «auto-planeta», profusamente usados en la Saga, de la obra de Elola. El orbimotor de Mari Pepa era una esfera de seiscientos metros de diámetro, igual que el autoplaneta *Rayo*. Seguramente no es casualidad que el primer destino interplanetario de Miguel Ángel Aznar de Soto sea precisamente Venus (en *El planeta misterioso*, segunda novela de la serie).

Sin embargo, en mi opinión, **Pascual Enguídanos** tomó más elementos de los Viajes Interplanetarios de **Elola**. En el siglo XXII imaginado por el alcalaíno, Estados Unidos y Gran Bretaña forman una federación nordatlántica, enfrentada a la Confederación de Pueblos Hispanoamericanos. La propia Mari Pepa tiene sus enfrentamientos en el Orbimotor y en Venus con Sara Sam Bull, una guapa comandante de las fuerzas aéreas nordatlánticas. Recuérdese que para **Elola** la guerra de 1898 era algo aún muy reciente.

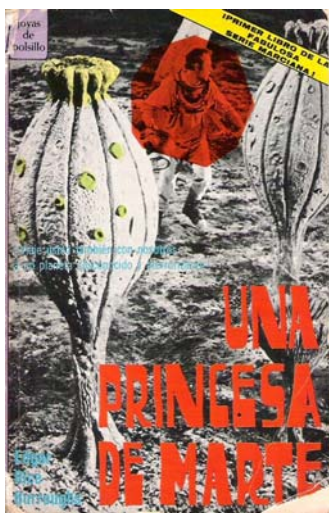
El lector conocedor de la Saga habrá pensado inmediatamente en Ina Peattie, coronela de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de Norteamérica. En *La horda amarilla*, los expedicionarios que habían partido hacia Venus y habían naufragado a la vuelta en el planeta errante Ragol (*Cerebros electrónicos*) vuelven a la Tierra para encontrarse con que se hallan en el siglo XXV y la situación geopolítica ha cambiado considerablemente. El mapa del mundo se ha simplificado de forma drástica y está formado por un puñado de grandes potencias que se disputan el control del planeta. Dos de ellas son precisamente los Estados Unidos y la Federación Ibérica, que abarca la Península y el continente suramericano...

Según cuenta **Agustín Jaureguizar**, **Enguídanos** afirma haber conocido el mítico Flash Gordon de **Alex Raymond** gracias a la revista *El Aventurero*, editada por Hispano Americana de Ediciones, S. A.⁴. Como sería ocioso hacer una presentación aquí y ahora de uno de los cómics más famosos de la historia, invito al lector a que consulte el omnímodo Google, donde encontrará más información de la que yo sea capaz de proporcionarle.

Cuando el *Lanza* vuela de regreso a la Tierra al comienzo de *Cerebros electrónicos* y se topan con el planeta vagabundo Ragol, **Enguídanos** cita la obra de **Immanuel Velikovsky** *Mundos en colisión*, publicada en 1950 –tan sólo 4 años antes de la publicación de la novela–, sin embargo la idea del planeta errante procedente del espacio exterior que irrumpe en nuestro sistema no casa tanto con las teorías de **Velikovsky** como con el planeta Mongo. Sería muy discutible si Miguel Ángel Aznar de Soto, fundador de la longeva dinastía que da título a la serie, es un trasunto hispano de Flash. Pero donde más evidente e inapelable es el influjo de los cómics de **Alex Raymond** es en el ciclo formado por *Invasión nahumita*, *Mares tenebrosos*, *Contra el*

⁴http://www.tebeosfera.com/documentos/textos/las_primeras_ediciones_de_flash_gordon_en_espana_1935-1971.html

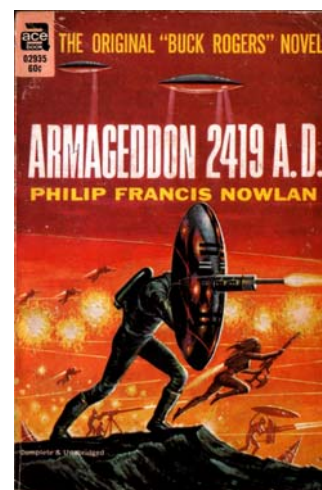
imperio de Nahum y *La guerra verde*. La corte nahumita, con su aire de decante orientalismo a lo *Turandot*, la civilización submarina oceánide... incluso la escena en que Miguel Ángel Aznar y Aznar y su amigo José Luis Balmer pelean a espada en el circo de la reina Hida está directamente sacada de las primeras aventuras de Flash Gordon en el planeta Mongo.



John Carter de Marte es el otro gran héroe del Space Opera del que **Pascual Enguídanos** admite haber recibido influencias, aunque en esta ocasión resultan más difíciles de rastrear. **Edgar Rice Burroughs** publicó *Una princesa de Marte* en 1912 inaugurando una serie de once novelas, al principio protagonizadas por un soldado virginiano llamado John Carter, y después por sus descendientes. Si bien el árbol genealógico de los Carter es muchísimo menos tupido que el de los Aznar, quizá la idea de contar una historia del futuro a través de los miembros de una familia sea netamente *barsoomiana*. Aunque hay un pequeño detalle que **Enguídanos** deslizó, quien sabe si adrede y que nos podría dar una pista. En *Policía Sideral*, los thorbod acceden a negociar con

los terrícolas en la persona de Miguel Ángel Aznar. El líder de los hombres grises es el Gran Jed Hotep en Deimos. «Jed» es un título imaginario que recuerda mucho al «Jeddak» de la serie de Barsoom.

Sin embargo, en mi opinión, hay otro clásico de la ciencia ficción del que **Enguídanos** pudo haber tomado algunas ideas básicas y, hasta donde yo sé, no ha sido mencionado en ninguno de los diversos artículos que se han publicado. Se trata de *Armageddon 2419 A.D.*, de **Philip Nowlan**, novela publicada en 1928 que dio origen al personaje de *Buck Rogers* que conoció después larga vida en los cómics. En la novela de **Nowlan**, Anthony Rogers *duerme* durante quinientos años y despierta en un planeta Tierra bien diferente del nuestro, dominado por los Han, auténtica encarnación del *peligro amarillo* tan presente en las mentes occidentales de la época. Los Han poseen navíos aéreos que vuelan gracias al inertrón, un metal que rechaza la fuerza gravitatoria, de la misma manera que las naves espaciales en la *Saga de los Aznar* utilizan la dedona. Las mochilas voladoras son también otro elemento común con la serie de **Enguídanos**, así como el imperio de los Han podría recordar al de Tarjas Kan en *La horda amarilla*.



El problema que se genera tanto con *Armageddon 2419 A.D.* como con los cómics de Buck Rogers es cómo pudo haberlos conocido **Pascual Enguídanos**. No he podido encontrar ninguna edición de la novela anterior a la de Valdemar de 1991. Sin embargo, gracias a la inapreciable y erudita ayuda de la web Tebeosfera (www.tebeosfera.com) sabemos que los cómics fueron publicados a partir de 1942 en



la revista *Los álbumes preferidos Juventud*, publicada por Hispano Americana de Ediciones, S.A.⁵, lo que significa que el autor de la *Saga de los Aznar* pudo tenerlos bastante recientes cuando comenzó a escribir la serie en el invierno de 1953.

Pascual Enguídanos afirmaba no conocer la ciencia ficción moderna. Reconoce haber comenzado a leer *Fundación*, de **Isaac Asimov** y haber dejado enseguida la lectura. Sin embargo, sí que leyó a **H. G. Wells** y **Jules Verne**, lo que casi era inevitable para un joven de su generación.

Wells gozó en España de gran popularidad e incluso estuvo en dos ocasiones en nuestro país para pronunciar conferencias en la famosa Residencia de Estudiantes y mantuvo una relación de amistad con el poeta **Federico García Lorca**. La práctica totalidad de sus obras fue traducida al castellano ya en los años 30 y 40. Incluso un título tan –injustamente, por cierto– poco conocido del autor como *La dictadura de Mr. Parham*, fue publicado por Aguilar en 1931.

Como ya he comentado en otro momento y lugar, cuando **Enguídanos** escogió su seudónimo, consciente o inconscientemente escogió uno (**George H. White**) que parece claramente inspirado en el nombre del maestro inglés, aunque no he encontrado prueba alguna de que esto no sea más que una casualidad. Lo que sí es cierto es que a **Wells** le unía algo más que la afinidad por la ciencia ficción, y era la ideología. **Enguídanos** afirmó en una ocasión que las de la Saga eran «novelas socialistas». *Valera* es, de hecho, una utopía socialista en la que no existe la propiedad privada y el Estado provee a sus ciudadanos de todos los medios para su existencia. El socialismo de **Enguídanos** está teñido de cristianismo y no era demasiado ajeno a la propia concepción de **H. G. Wells**. Éste era uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana y por lo tanto era ajeno al concepto de *lucha de clases*.

Es en la novela *Robinsones cósmicos* donde encontramos más claramente la influencia de **Wells**. Está protagonizada por Eduardo y Viola, dos jóvenes nacidos a bordo de una nave espacial que retorna a la Tierra después de una ausencia de milenios, para encontrarla devastada por una antigua guerra atómica y habitada únicamente por plantas inteligentes. Solo al final enlaza la acción con la *Saga de los Aznar* –motivo por el cual incluso se ha discutido su plena pertenencia a ésta. Los protagonistas hallan *in extremis* una cripta entre las ruinas de la Universidad de Oglethorpe, en la que los científicos habían guardado muestras de la civilización terrestre y muestras de semillas. La escena tiene un paralelo muy importante con el capítulo *El palacio de porcelana verde* de *La máquina del tiempo*.

La cavorita –en dura competencia con el inertrón de Buck Rogers– es otro elemento wellsiano que **Enguídanos** pudo haber aprovechado. En *Los primeros hombres en la Luna*, el profesor Cavor descubre una aleación que rechaza la ley de la gravedad y que aprovecha para realizar el primer viaje a la Luna.

⁵http://www.tebeosfera.com/obras/publicaciones/maria_cortes_y_la_doctora_alden_hispano_ame_ricana_1942.html

Leyendo con atención la Saga y teniendo un conocimiento amplio de la obra well-siana se encuentran aquí y allá ideas que el escritor valenciano parece haber tomado claramente de su maestro. Sin embargo, como ya me he ocupado de ello en otra ocasión, les remito a la lectura de mi artículo *Historia de los tiempos por venir, la influencia de H.G. Wells en la obra de Pascual Enguídanos Usach* (<http://silente.es/inicio/?p=51>), donde encontrarán todos los detalles y una exposición más pormenorizada de la cuestión.

De **Verne, Enguídanos** afirma haber leído la casi totalidad de su obra, lo que no es hazaña fácil. No solo por la increíble extensión de ésta, sino por su desigual calidad. Aunque se le cita en diversos ensayos como «uno de los padres de la Ciencia Ficción», junto con su colega inglés, no somos pocos los que no estamos en absoluto de acuerdo. **Verne** muy raramente escribió auténtica Ciencia Ficción. Yo citaría *Héctor Servadac* –por otro lado una novela excelente–, *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna* y... poco más.



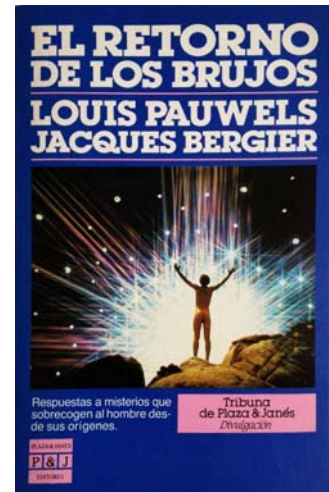
Sin embargo, la idea del planeta hueco de *Viaje al centro de la Tierra* parece haber calado de manera definitiva en **Pascual Enguídanos**. Tanto Redención como Solima son mundos huecos y son muchas las aventuras de los Aznar que se desarrollan en estos escenarios. Hueco es también el inmenso hiperplaneta Negro que aparece en el último ciclo de la Saga, compuesto por *La civilización perdida*, *Horizontes sin fin* y *El refugio de los dioses* y que contiene un sistema solar completo en su interior. Pero hueco es también el autoplaneta *Valera*, que es al fin y al cabo un mundo convertido en nave espacial.

Sería tentador señalar la serie de *Pellucidar* de **Edgar Rice Burroughs**, autor de quien sabemos que fue muy leído por **Enguídanos**. Sin embargo, no tengo conocimiento de ninguna edición de la serie anterior a la fanedición de los años 90, cuidadosamente preparada por el equipo de El Rastro Ediciones. No me cabe la menor duda de que **Enguídanos** tuvo contacto con los mundos huecos a través de la obra de **Verne** y no de la de **Burroughs**.

Voy a cerrar este breve repaso alejándonos de la Ciencia Ficción y la Literatura en general para ocuparnos de una de las grandes fuentes de influencia en la obra de **Enguídanos** en general y la Saga en particular. Se trata de la *literatura pseudocientífica y esotérica*. Tengo la intención de ocuparme algún día de este tema más por extenso, porque se trata de un asunto demasiado complejo para solventarlo en media docena de párrafos, así que por el momento lo dejaremos esbozado.

En los años que mediaron entre 1958, cuando el autor cierra el final de la primera parte de la Saga (*Lucha a muerte*) y 1974, cuando comienza la revisión de esta y su continuación, toda la civilización occidental se vio sacudida por un potente resurgir del pensamiento mágico y la literatura pseudocientífica. En realidad, el fenómeno no

era nuevo en absoluto, pero nunca antes de ahora se había convertido en un tal fenómeno de masas. *El retorno de los brujos*, de **Louis Pauwels** y **Jacques Bergier** fue no solo un increíble éxito de ventas internacional, sino un auténtico fenómeno contracultural de gran influencia, que propició colecciones de libros y una revista, *Planète*⁶. En España, **Antonio Rivera** dirigió la revista *te* entre 1968 y 1971, que publicaba diversos materiales traducidos de *Planète*. El enfoque del *realismo mágico* –término acuñado por **Pauwels** y **Bergier** para definir sus ideas– pretendía ser una aproximación al conocimiento alejada de la *rigidez* del pensamiento académico, pero también de los excesos de los viejos esotéricos y aún hoy muchas son las personas cultas, en principio escépticas, que opinan que *El retorno de los brujos* es una obra perfectamente válida⁷. En los artículos de *Planète* publicados en la española *Horizonte* encontramos diversos temas científicos tratados en un tono de divulgación ligera y especulación desbordada, tales como la posible existencia de un universo compuesto por antimateria y paralelo al nuestro, el uso de la antimateria como arma bélica, o el uso de coches eléctricos activados por fichas previamente adquiridas por el usuario en el futuro cercano.



La antimateria como arma bélica aparece por vez primera en la Saga en el título *El ejército fantasma*, cuando los valeranos crean el mortífero torpedo antimateria para luchar contra los ulhanitas. El universo antimateria aparece poco después, en *¡Antimateria!*, cuando el autoplaneta *Valera* emerge a él por error procedente del hiperespacio. En *La otra Tierra*, novela que continúa a la anterior, especula con la interesante idea de una Tierra paralela a la nuestra en ese universo especular.

En *Puente de mando*, describe cómo los automóviles eléctricos que los valeranos utilizan en sus desplazamientos diarios son propiedad del Estado. Los ciudadanos poseen unas fichas que deben introducir en una ranura del vehículo para que este se ponga en marcha, de la misma manera descrita por **Pauwels** y **Bergier**.



En esos mismos años, el suizo **Erich von Däniken** publicaba sus primeras obras (*Recuerdos del futuro* es de 1968). Las teorías sobre los dioses astronautas que mantuvieron contactos con la Humanidad prehistórica tuvieron hondo calado en la cultura popular y en particular en el género de Ciencia Ficción. Aunque no fue **Däniken** el primero en formular esa teoría, ni muchísimo menos, su éxito le hace pasar por su inventor.

⁶ Una de las novelas de la segunda parte, precisamente aquella en que hacen su aparición los bartpuranos, se titula *Los nuevos brujos*.

⁷ El autor se siente obligado a precisar que no se encuentra en absoluto entre ellos.



Cuando, en *Universo remoto*, novela con la que arranca la segunda parte de la Saga, los valeranos llegan al circumplaneta Atolón, se encuentran con los últimos representantes de la raza bartpur. Los bartpuranos son una raza muy antigua que tomó sobre sí la misión de sembrar la vida y la inteligencia en los mundos jóvenes. Los humanos, nahumitas y saissai no son más que el resultado exitoso de aquella *siembra*. Constituyen en sí mismos una representación muy fiel de la *teoría de los dioses astronautas* de **Däniken**. Se podría decir incluso que el título de dos de las novelas de la segunda parte, *El retorno de los dioses* y *El refugio de los dioses*, podrían ser el de libros del suizo.

Como digo, el tema del influjo del esoterismo y la pseudociencia en la *Saga de los Aznar* es complejo y da para mucho más. Prometo tratarlo más extensamente en un futuro artículo.

No ha sido mi propósito ser exhaustivo ni minucioso, sino proporcionar un panorama general sobre el entorno cultural de **Pascual Enguídanos Usach** a la hora de concebir y desarrollar su obra más famosa, la *Saga de los Aznar*. He dejado en el tintero algunas cosas, lo confieso, más por falta de conocimientos suficientes que de voluntad, de forma que dejo para otros explorar de qué forma pudieron haber influido en él las novelas de *Bill Barnes* a las que tan aficionado era **Pascual**. O las películas de aventuras clásicas, cuyo aroma se percibe en algunos de los mejores pasajes de la serie.

De cualquier forma, sean cuales sean las influencias de un autor o el lugar del que las toma, la forma en que las digiere y elabora es solo suya y totalmente particular. Nadie es capaz de crear nada a partir de la nada, todos los autores crean a partir de un *humus mental* compuesto por su formación, sus lecturas, sus inquietudes y sus vivencias. Pero solo unos pocos son capaces de crear algo genial a partir de ese material primigenio. Y **Pascual Enguídanos** pertenece sin ninguna duda a esa privilegiada élite.

© Mario Moreno Cortina

MARIO MORENO CORTINA (Madrid, 1970), es maquetador y diseñador freelance. Fue uno de los miembros fundadores del Escuadrón Delta, el grupo de aficionados a la Saga de los Aznar. Es autor de *Tarsis* y *Garuda*, dos novelas basadas en el universo creado por George H. White, así como de algunos artículos especializados en su obra. Fue impulsor y responsable de la Edición del Cincuentenario de la Saga publicada a partir de 2003 por Ediciones Silente.



POESÍAS

CANTO A LA CF

por Ermanno Fiorucci

Leemos en estos versos la odisea de un héroe poeta, prisionero de una estrella, moderador de cosmos o astronauta que se regocija con paisajes de ciencia ficción mientras la recuerda como una brisa de frescura o un lugar de encanto de su juventud. El poeta narra la epopeya de soldados valerosos bajo extraños cielos y los vislumbra en lugares donde la indolencia es castigada por no redimir al hombre. Hermosas imágenes llenas de brío y poesía.

Noches de sueños, de espacio y de migrañas,
Me inquieta el duro silencio de montañas.
Me angustia la distorsión de las figuras,
Me vapulea la nausea inclemente
Y el deseo de salir de la espesura
Y abrigar radiante sol sobre mi frente.

Sentir esa claridad de cielos míos,
Regocijarse en la emoción del paisaje,
Emprender viaje con renovados bríos
Entonando mí canto heroico y salvaje.

Mas no existe en esto amor, ni poesía;
Solamente espacio sin luz, ni un sendero.
Triste me acompaña la pasión bravía
Hacia la negra estrella. Más no veía
Ni la turbia caricia de mi lucero,
Tampoco la apacible y dulce alegría
De correr siempre adelante cada día,
Hacia lo oculto con voluntad de acero.

Crucé el gran Cosmos con terquedad sombría,
Sacudí el espacio con vigor señero,
Rompiendo su virgen y fresca armonía
Con inconsciente y mecánica osadía
Poniendo en peligro al Universo entero.

Me encuentro ahora bajo este extraño cielo.
El duro exilio; y mi alma deshecha llora



Entre las estrellas... mas cumplí mi anhelo
De ser prófugo de la angustia y de la hora.

Todo duerme, nada es realmente humano.
Añoro mi mundo grato y lejano...
Pero entre los resignados terrenales
Habrá quien, con noble vocación de hermano,
Despertará los orgullos ancestrales.
Se acabará con la paz. El buen soldado
Cercenará con un tajo la pereza,
Y la indolencia será grave pecado
Al no redimir del hombre su grandeza.

Aparece aquí la dulce sensación,
Que estimulaba mis nervios infantiles:
La atrevida y amada Ciencia Ficción,
Que confortaba mis primeros abriles

Era una cálida epopeya vibrante.
Era una entelequia la aventura aquella.
Me cegaba el resplandor alucinante
Como si estuviera fundido en diamante
O prisionero rebelde de una estrella.

Era la vaga sensación de astronauta
Moderador del cosmos y el firmamento
Era yo ese héroe que marcaba pauta
De la brújula, del Sol y el movimiento.

Con desenfado se concentra en instantes
En un enorme universo de señores:
Reyezuelos americanos, mutantes,
Sociedades ocultas, torturadores,
Telépatas, bailes, máscaras y espías
Paranoicos de solares estaciones
Semidioses, y crueles ejecuciones.
Vidas marcadas, angustias y alegrías,
Saltos espaciales, nuevas experiencias
Planetas novedosos y nuevas ciencias

Una frescura viviente es la que agita
El caminar a la historia encadenado;
Cuando al fin la solución se precipita
Y se resuelve el enredo ya sembrado,
Descubres que el misterio ya no te envuelve



Pues todo salvando el mundo se resuelve.

Es el encanto de la Ciencia Ficción
Género en que la perfecta seriedad
No excluye la placentera diversión,
Menos aún una posible verdad.

© *Ermanno Fiorucci*

Lector empedernido de Ciencia Ficción cuando queda tiempo y Escritor por esa necesidad primaria de decir lo que pienso adaptado en un contexto muchas veces menos extraño que la misma realidad. Admirador sin titubeos de Isaac Asimov y Jean Paul Sartre. También conocido por mis amigos como «El Sire».



SOÑAR DESDE UNA ESTRELLA

por Adriana Alarco de Zadra

Bellos versos que nos hablan del errar de una mente por el vacío, ciclo tras ciclo.

Soñé contigo
Aunque puedo vivir sola arriba en una estrella
En medio de aquellos espacios infinitos
Mirando allá a lo lejos el sol, la tierra y los luceros.
Volar,
Subir con libertad, sin plumas, sin deseos, levemente
Mientras me sostienen los vientos, me atraviesan las nubes
Me lleno de vacíos, de agujeros, de objetos voladores
Que van a la deriva y te han llevado consigo.
Sola voy por el espacio negro,
Inaccesible estoy con mis angustias
Y no digo que voy mal, me lo merezco:
Volví a la vida y ahora soy sólo una máquina pensante
Escarbando, recogiendo, investigando.
Regresaré a la luna cuando haya recorrido un nuevo rumbo
Distinto, y cuando vuelva en mí
Sobre el lecho, bajo el lecho, flotando en una alfombra o en un cohete,
Recogeré polvo de estrellas y al reciclarla te encontraré
En medio de una pantalla vacía
Y volveré a soñar contigo.

© *Adriana Alarco de Zadra*

Nacida en Lima, Perú, Adriana ha conocido muchos lugares del mundo por el trabajo de su esposo, unos bellos, otros poblados o lejos e inhóspitos, en las alturas de los Andes, sobre el océano Pacífico, sobre el Mar Mediterráneo, cerca de playas o de montañas y siempre muy cerca al cielo. Escribe, traduce, pinta y se llena la vida con los sucesos en la vida de sus hijas y de sus nietos. Hoy vive en Italia, y como su esposo ya no está, lo busca en el espacio o en medio del polvo de estrellas....



ENTREVISTAS

ENTREVISTA A BLANCA MART ACERCA DE LOS PERSONAJES FEMENINOS DE SU OBRA LITERARIA

por Jesús Vicente García

La escritora Blanca Mart nos explica de una manera amena la forma en que creó sus personajes femeninos. Principalmente en sus novelas *La era de los clones*, *Lluvia sobre el barman* y *Dorian Eternity*; además de en algunos cuentos, donde se observa su postura en una sociedad en que la mujer ha dejado de ser sumisa y toma la iniciativa en diversos roles que le ha tocado vivir, y desde distintos ángulos lo hacen y son libres, pues tienen capacidad de sobresalir, porque han conquistado su espacio o están en esa constante lucha por salvarse a sí mismas y vivir a fondo lo que les corresponde y, claro, al mismo tiempo afrontan las consecuencias.

Jesús Vicente García (JVG): Blanca Mart, escritora de novela y cuentos de ciencia ficción, fantasía, policiaca, y también poeta, háblanos de lo que sucede por tu mente y por tus apuntes cuando piensas en la creación de un personaje femenino. ¿Cómo es ese proceso? Es decir, ¿cómo defines el carácter, la edad, el nombre y demás características?

Blanca Mart (B.M): En todos mis relatos, en mis historias, siempre hay una idea que se dispara: puede ser un personaje, pero también un escenario o un argumento y entonces los personajes sean masculinos o femeninos se ubican y desarrollan en ella. Es el desarrollo de la narración el que marca el nivel de exigencia, qué personajes necesita para expresarse.

JVG: ¿Hay una forma de toma de conciencia cuando dices «ya está mi personaje femenino, ya camina solo»?

BM: Hay un momento en que el personaje cobra fuerza. Concretamente, Whissita Lena Reed apareció apenas unos segundos en mi primer cuento de ciencia ficción, *La crisálida*, que fue publicado en Nueva Dimensión, en 1981. Todo lo que ocurre es un breve encuentro en el espaciopuerto con un guapo piloto espacial. Ella apenas se vislumbra. Pero en el cuento siguiente, *La libélula*, vuelve a aparecer y esta vez entra con fuerza. Es ella la que toma la iniciativa, la que actúa con despreocupación y decisión. La que contrata al piloto en una aventura tan peligrosa como irregular. En ese momento, Whissita ha quedado definida, la historia prosigue y los rasgos esenciales de su personalidad se asientan, es independiente, es decidida, es fuerte, le atrae la aventura.



La provocación está clara. Ella organiza su vida con todas las consecuencias.

Y será la protagonista de la novela (*space opera*) *La era de los clones* (*Els fills de àtzar*, en catalán) y seis cuentos más.

JVG: Hay tres novelas en que las mujeres son prácticamente el eje por el que se mueve tu mundo de ficción, *La era de los clones*, *Lluvia sobre el barman* y *Dorian Eternity*, todas de carácter fuerte y decidido. Ya me has hablado de Whissita Lena Reed, la más joven de las tres: ¿por qué ese nombre con términos anglosajones, crees que simbólicamente representa a una generación juvenil femenina que se mueve por sí misma y tiene una gran capacidad de decisión que rompe con anteriores modelos de mujeres sumisas (que no dependen de un hombre-personaje), sobre todo tomando en cuenta que vienes de un país que vivió en el siglo XX una dictadura, y que en la literatura las mujeres aún no tenían ese papel tan decidido como sí lo tiene Whissita?

BM: A ver, ahí encuentro tres cuestiones: A la primera pregunta te diré que el nombre surgió de repente según iba escribiendo el cuento. Algo así como: «Al Braker (el piloto) se encontró con...» Y surgió Whissita. Recuerdo que me sonreí y pensé: «suena un poco como a bichita, no sé si me va a gustar», pero se quedó. Tenía fuerza, sonaba simpático. Luego, en seguida el apellido Reed. Más tarde me enteré que en inglés significa junco. El segundo nombre, Lena, es por mi hija, una joven escritora con los mejores rasgos de Whissita.

A la segunda cuestión te diré que creo que personalidades como la de Whissita son la tendencia de la gente joven. Es un personaje femenino que va evolucionando, intentando ser ella misma, como todas las mujeres a través de la historia.

En cuanto la etapa histórica, considero que en el caso de Whissita su postura no es extraordinaria, porque simplemente ella vive en un siglo (creo que era el 5000) en que las gentes terrestres (hombres y mujeres) tienen la opción de ser y decidir bastante libremente sobre sus destinos. Lo bueno de ella es que además es capaz de evolucionar. Te diré que empezó como investigadora y en estos momentos es una doctora en xenología.

Quería añadir que en cualquier etapa histórica la mujer ha tratado de situarse en el mundo, pero en unas etapas ha revestido mucha más dificultad que en otras. Por poner un ejemplo: George Elliot, en realidad era Mary Anne Evans; Víctor Català, Catarina Alberti Paradís. Otro tipo de ejemplo: Kate Chopin fue una magnífica escritora, estudiada actualmente como una de las mejores de la literatura americana, pero en el siglo XIX censuraron sus obras por no estar de acuerdo con la moral de la época.

JVG: La mujer como centro del poder familiar y social se plantea de una manera interesante en Dolores Serra (Lola), en *Lluvia sobre el barman*, incluso su nombre, Dolores, en otro sentido indica algo que duele, ¿cómo lo fuiste elaborando desde una visión de género? Porque ella, de una forma parecida a Dulcinea (con su sana distancia y diferencias), casi no aparece sino hasta el final de la novela, pero el lector la va conociendo por lo que dicen los otros personajes; es decir, la ausencia de Dolores la



hace presente de manera vocal, como si enfatizaras que la mujer aunque no esté es indispensable.

BM: Lola planea sobre toda la novela aunque aparece sólo un momento al principio y en el desenlace. El nombre me gusta, es musical, no lo asocié con Dolores. Ahora bien, Lola, Charo, Pepa... son nombres fuertes, contundentes, indicados para una historia en la que se da una tensión amorosa y vital. Te diré que en *Lluvia sobre el barman*, aunque dentro del género policiaco, lo que conduce el hilo es la historia del amor de un hombre por una mujer, porque pase lo que pase, Juan el protagonista, el marino fuerte y descarado, necesita esencialmente esa sombra femenina que parece haber desaparecido de su vida. Y es una sombra muy fuerte, pues el único personaje antagónico a Lola, que es la joven Julita, muere. En realidad, en esta novela, el poder no lo tiene ella ni él, sino el amor mutuo entre los dos protagonistas. Todo, a veces un poco a lo tonto, la verdad, lo hacen por ese amor.

JVG: Con Marlene, en *Dorian Eternity*, le das la vuelta al paradigma que asentó Stoker con su vampiro Drácula, porque ella, Marlene, de pronto, nomás por seguir a un tipo guapo, la convierten en vampiro, hay una ingenuidad maliciosa por ahí; pláticanos de ello, por favor.

BM: No todos mis personajes femeninos están bien situados en sus propios mundos internos. En *Dorian Eternity*, Marlen es una joven artista emotiva e imprudente; una noche se va a un cementerio con Dorian, un seductor joven desconocido, y él la vampiriza; su personalidad revierte hacia el otro extremo y actúa con una violencia sanguinaria que desagrada al mismo Dorian. Pero sigue siendo débil, por su dependencia de los colores, del sol, de su amor-odio por Dorian... No le fue bien en su mundo real y no le puede ir bien en el de los señores eternos. Claro que en esta novela los jóvenes cibernéticos no son precisamente un enemigo fácil, ni para ella ni para Dorian.

Dices que hay una cierta ingenua malicia en esa historia, pero la malicia (no sé si ingenua) no está en Marlen, sino en la autora que presenta un personaje femenino abocado a la derrota, unos jóvenes cibernéticos que aman la ciencia y un vampiro guapo que desprecia la informática. Moraleja: hay que ser prudente y estudiar.

Otra vampira, esta sí, realmente maliciosa y manipuladora es Rowena, la hermosa vampira del cuento *El caballero de la noche*, incluida en *Cuentos del Archivo Hurus*.

JVG: ¿Tus personajes femeninos, los consideras libres, sin esa carga de tabúes que socialmente vamos adquiriendo?

BM: Unos sí y otros, no. Son personajes muy variados. Contestaré sobre todo a los personajes dentro de la ciencia ficción y la fantasía: Whissita Lena Reed es libre. Y lo es porque se ha situado donde quiere estar, lo que hace y cómo lo hace, le gusta, le interesa, es su vida. Es una mujer que viaja por todas las galaxias, conoce culturas y gentes diferentes, estudia, le preocupa la guerra, o las causas de la guerra. Siempre



se está enriqueciendo interiormente. Y todo lo hace con una cierta frescura, con naturalidad.

En cuanto a estar situada donde quiere, interna y externamente también te citaré a Mariana, la bruja curadora de *A la sombra del Linaje*, publicada por Alfa Eridiani.

Ahora bien, en la novela *El espacio aural* (Alfa Eridiani), la protagonista Criseida Rhea, aunque es una guerrera entrenada, fuerte, independiente, jefa de un equipo de guerreros, carga en su alma los tabúes aprendidos en su nave la Metanauta. Ella no ha conseguido su libertad interna, simplemente hace aquello para lo que ha sido entrenada. Luego se dará la posibilidad de cambio. Otro personaje femenino en esa novela es Penélope, una joven punk que busca a su hijo-filmico; ésta sí tiene claro lo que quiere y va tras ello; es libre.

En *Cuentos del Archivo Hurus* y *Archivo Hurus II* te podría citar, brujas-curadoras, guerreras, científicas más o menos pérfidas, dragonas que desean ser escritoras, vampiras, doctoras futuristas, bibliotecarias que aman los libros, ancianas-pilotos-jubiladas luchadoras en las guerras australes, androides, capitanas de nave...

Cada uno de ellas tiene su propio diseño, su personalidad y hay fuertes, débiles, elementales, complejas, practicas, soñadoras... Sería muy extenso hablar de cada una de ellas, pues cada una es solo ella misma.

JVG: Vista la distancia, ¿qué valores, encuentras a tus personajes femeninos y con cuál te identificas más? ¿Crecen contigo?

BM: Hay un rasgo general en muchos de mis personajes femeninos y es esa capacidad de lucha, de crecimiento. La que mejor me cae es Whissita. En general, creo que el que escribe crece al hacerlo. Y como consecuencia se enriquecen tus personajes, tus escenarios, la acción, el argumento, todo.

JVG: ¿Con qué personaje femenino, que no hayas escrito tú, te identificas en la literatura mundial?

BM: Hasta ahora con ningún personaje. Pero sí con dos autoras: Mary Shelley y Kate Chopin, a las que admiro. Ah, pero quería hablarte de un personaje femenino dentro del cine de ciencia ficción. ¿Recuerdas *Alien*, *el octavo pasajero* y *Alien II*? La teniente Helen Ripley de esas dos películas. Admirable. Creo que *Alien* fue de las primeras películas en que «la chica», se salvaba, era el año 79. ¡Y aquellas luchas legendarias por la humanidad, por la niña en poder de los monstruos (de los cuentos)! Ahora no nos extrañamos de que «la chica» se salve en otra excelente película *Gravity*, del mexicano Alfonso Cuarón, pero a finales de los años 70 no acababas de creer lo que estabas viendo.

JVG: ¿Consideras que tus personajes femeninos no dependen del sexo opuesto?

BM: Algunos no, en absoluto. Tienen sus propias vidas, sobre todo su propio espacio

y su propia capacidad de decisión. Pueden depender emocionalmente, ese es otro tema, muy complejo, y en cada caso es diferente. No es lo mismo como está enamorada Whissita, que Lola o Marlen.

JVG: ¿Tienes algún ideal de mujer-personaje en mente que creas necesario desarrollar, o algún modelo para llevarlo a tu literatura?

BM: De momento estoy cómoda con el personaje de Whissita, también me gusta Mariana la curadora y Aitana la guerrera, las dos últimas de *A la sombra del Linaje*. Pero nunca se sabe. En definitiva, son personajes que o han conquistado su espacio o están en ello, y puede que lo consigan o no, como todo los seres humanos. Y, te diré, que la literatura fantástica ayuda, da posibilidad y juego para expresar cualquier planteamiento. Es un género magnífico.

© Jesús Vicente García

JESÚS VICENTE GARCÍA es escritor y corrector de estilo. Nació en la ciudad de México, el 19 de julio de 1969. Es egresado del Diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem) y de la licenciatura en Letras Hispánicas en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa (UAM-I). Ha sido reportero y redactor, y ha colaborado en diversos diarios nacionales, revistas literarias y páginas web. Actualmente, es corrector de estilo en el periódico El Universal. La ciudad de los deseos cumplidos (ed. Fridaura), libro de cuentos, es su más reciente publicación. Facebook: Pameló García. E-mail: jesusvicente_33@hotmail.com



NOTICIAS

ALFA ERIDIANI REEDITA EL LIBRO DE LAS ALMAS.

Ficha Técnica:



Título: El Libro de las Almas.

Autor: Víctor Conde.

Editorial: Alfa Eridiani.

Formato: 15,24 cm x 22,86 cm

Número de páginas: 212

Precios:

Papel (Amazon): 19,95 €. Enlace de referencia:

<http://www.amazon.es/libro-las-Almas-Victor-Conde/dp/1484147448>

Electrónico (Biblioteka): 3 €. Enlace de referencia:

<http://www.biblioteka.com/biblioteka.web/libro/2341406>

Sinópsis del libro:

En ésta, su primera antología de cuentos, Víctor Conde utiliza su imaginación para visitar muchas eras y mundos diferentes, para mostrarnos personajes y situaciones que estimularan nuestro sentido de la maravilla. Desde Jesucristo y sus dilemas ético-transcendentales, hasta viajes en el tiempo, los mundos steam punk y la space ópera más pura. Conde nos ofrece un muestrario de lo que ha sido su primera década como escritor de fantasía. Todo ello bajo el marco de un gran viaje al espacio profundo, en un Arca llena de sarcófagos con personas en animación suspendida, cuyos sueños nos irán revelando una a una las piezas necesarias para completar este sorprendente puzle.

Biografía:



Víctor Conde nació en Tenerife, dónde aún reside, y desde sus inicios como escritor ha cultivado la ciencia-ficción y terror, sin descuidar la fantasía o la novela negra. Ha sido galardonado con diversos premios, entre los que se encuentran el prestigioso Premio Mino-tauro o el Premio Ignotus, ambos por su novela Crónicas del multi-verso y entre sus proyectos futuros se encuentra el de los libro-juegos que hicieron furor en los años 80.



CORAZÓN LITERARIO PUBLICA INVASORES DE MUNDOS

Corazón Literario nos anuncia su primer volumen de Crónicas del Cosmos, *Invasores de Mundos*.

Ficha Técnica:

Título: Invasores de Mundos.

Editorial: Corazón Literario

Colección: SCI FI

Páginas: 128

Precio: 9.75 €

Gastos de envío: 2€/4.50€

Autores: Darío Vilas, Javier Martos, Álvaro De La Riva y Tony Jiménez.

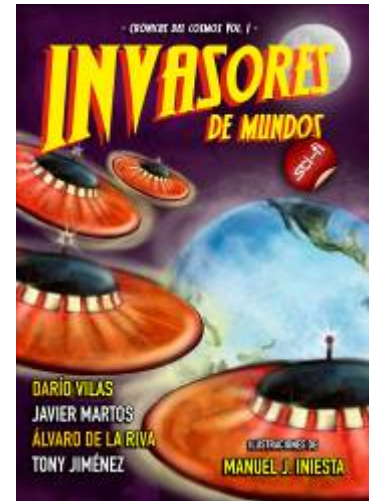
Ilustraciones: Manuel J. Iniesta

Prólogo: Lluís Rueda.

ISBN: 978-84-695-9888-7

Página web de la editorial: <http://www.corazonliterario.com>

Formulario de compra: <http://www.tienda.corazonliterario.com/home/82-invasores-de-mundos.html>



Sinópsis del libro:

Un turbador retrato de la vida de los primeros enviados a Marte, un insólito enemigo llegado desde más allá de las estrellas, portador de un arcaico secreto, un pueblo que ve amenazada su apacible existencia tras la caída de un meteorito y la lucha por la supervivencia de una familia que huye después de un ataque alienígena conforman el primer volumen de *Crónicas del Cosmos*, *Invasores de Mundos*.

Sobre los autores:

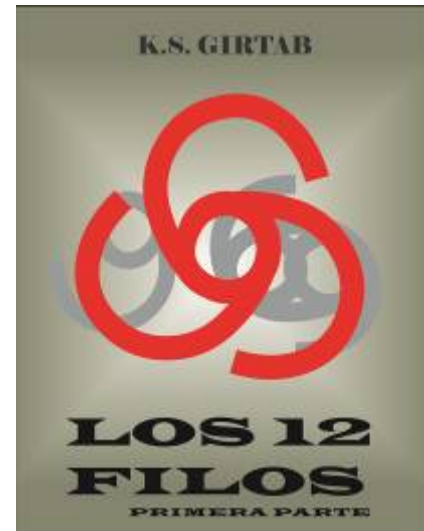
Darío Vilas, Javier Martos, Álvaro De La Riva y Tony Jiménez son los responsables de romper el silencio del Universo. Elevemos la vista al firmamento una última vez antes de comenzar la lectura y roguemos porque este no nos devuelva la mirada...

[Fuente: Corazón Literario]

PUBLICADA LOS DOCE FILOS

Ficha Técnica:

Título: Los 12 FILOS primera parte
Autor: K.S. Girtab
Precio: 0,89 €
Formato: Versión Kindle
Tamaño del archivo: 591 KB
Número de páginas: 367
Editor: K.S. Girtab (21 de noviembre de 2013)
Vendido por: Amazon Media EU S.à r.l.
Idioma: Español
ASIN: B00G8RKCQQ



Sinópsis del libro:

Cuenta la leyenda que en el Estado de Arcadia existen doce espadas sagradas, estas otorgan a sus portadores grandes poderes capaces de derrotar a ejércitos completos. ¿Quiénes son las personas que las poseen? Es un misterio. Lo único que se sabe es que a estos extraordinarios guerreros se les llama FILOS y son considerados los más grandes combatientes que existen. Se cree que los FILOS existieron hace muchos años, pero en la última guerra civil todos fueron exterminados por el gobierno.

Aún y cuando en la época actual se desconoce si todavía existen los FILOS, en las instalaciones de la Ciudadela se ha encontrado una de las legendarias espadas sagradas: Antares, la espada roja; derivado de lo anterior, el Gobierno de Arcadia ha lanzado una convocatoria anunciando que se realizará un torneo por la obtención del arma sagrada, la persona que lo gane se convertirá en el guerrero supremo.

Los 12 FILOS es una adictiva historia en la que se entrelaza la naturaleza humana: amor, odio, envidia, traición, amistad; todo en el marco de una historia romántica poco convencional con intensa acción, es sólo la primera entrega de una trilogía de ficción y aventura.

Se puede acceder al libro en el siguiente enlace: <http://www.amazon.es/Los-12-FILOS-primera-parte-ebook/dp/B00G8RKCQQ/> y a la página oficial de la saga en: <http://ksgirtab.wix.com/saga12filos> y a la página de facebook: <https://www.facebook.com/Saga12Filos>

[Fuente: K.S. Girtab]

LA CIUDAD DE LOS NICTÁLOPES

Ficha Técnica:

Título: La ciudad de los Nictálopes

Editorial: Editorial NORMA para la versión en papel.
Autopublicación para la versión e-book

Colección: Torre de papel amarilla para la versión en papel.

Páginas: 128 versión en papel, 55 en versión e-book

Precio: Papel: depende del país. E-book: 2,77 euros

Gastos de envío: Papel: depende del país. E-book: 0

Autora: Tanya Tynjälä

Ilustraciones: Papel: Sheila Alvarado

ISBN: Papel: 958-04-7179-7 / E-book: 978-952-67957-0-6

Página web de la editorial:

Papel: http://www.librerianorma.com/inicial/inicio_general.aspx

E-book: <http://www.amazon.com/dp/B00CMKI6XE>



Sinópsis del libro:

Wriixka vive en una ciudad viviente que le provee de todo lo necesario, le soluciona todos sus problemas e incluso toma decisiones por ella. Una mañana descubre que le han crecido alas y que su permanencia en la ciudad está en peligro. Si no quiere que la expulsen, tiene que ocultarlas hasta encontrar una solución. Sin embargo, mientras más crecen...

Sobre la autora:

Tanya Tynjälä. Escritora peruana de ciencia ficción y fantasía. Se dedica a la docencia. Ha publicado con NORMA *La ciudad de los nictálopes*, *Cuentos de la princesa Malva* y *Lectora de sueños*, además con Micrópolis *Sum*, colección de micro relatos y poemas. Sus libros se utilizan como material de lectura en algunos países latinoamericanos como Perú, Ecuador, Chile y Colombia. Sus textos han sido incluidos en diversas antologías internacionales (Argentina, España, Bulgaria, Finlandia entre otros países). Un cuento suyo ha sido incluido en el manual para la educación secundaria *Texto 4ème sec.* en Bélgica. Forma parte del equipo de blogs de *Amazing Stories* y es corresponsal del *Science Fiction Awards Watch*. Ha sido galardonada con premios literarios como el *Francisco Garzón Céspedes* en 2007.

[Fuente: Tanya Tynjälä]

PRIMER CONTACTO

por

Ricardo Manzanaro

dibujo

Josein Moros

Estábamos enterrando un vecino que acaba de fallecer...



En ese momento llegaron ellos con sus extraños aparatos.

Nos acercamos a los extraños aparatos y vimos como de ellos salían unos raros seres.



Antes de acabar el día, pudimos entender lo que decían.



Nos dijeron que venían de un lejano planeta y nos explicaron cómo vivían allí.

Luego nosotros les explicamos nuestra forma de vivir y nuestras costumbres.



Y por eso les invitamos a estar presentes durante la celebración de las honras fúnebres del vecino fallecido.

Colocamos el cadáver en la pira funeraria, lo untamos con aceites sagrados y, tras orar, encendimos el fuego.



Y entonces es cuando uno de ellos dijo aquellas palabras.



Jooder,
esto huele
que
alimenta...

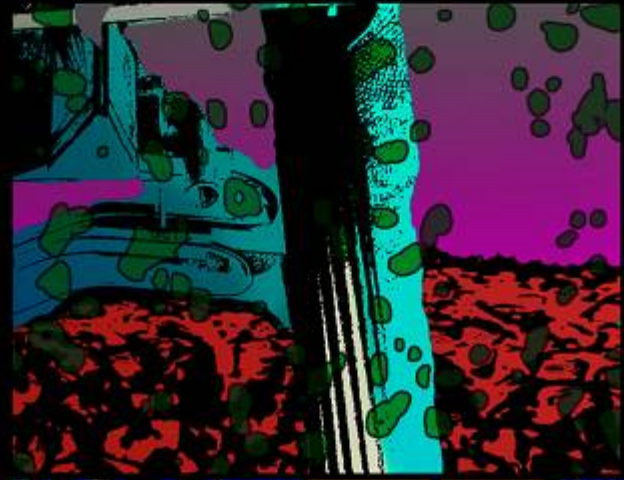


Haaaaale, hale,
venga palante.



Abuelo ¿dónde nos llevan?
Abuelo ¿Qué es eso que nos echan?

Pimienta



Fábrica de Ets al ast
Exquisitos Ets
Calentar y servir
Producción masiva
para hotelería.
García García Hnos.

Josein Moros